La educación sentimental de la señorita Sonia

Susana Constante



La sonrisa vertical



La señorita Sonia se entusiasma en la semioscuridad del compartimento de un tren de larga distancia con el espléndido capitán de húsares que la conduce (¿la conduce?) a los placeres del diálogo filosófico y de la perversión. Como en otras novelas escritas por mujeres, el eco de Sherezade está siempre presente y quien narra la historia tiene el lugar decisivo: ajena a las precauciones restrictivas de la literatura moderna, la narradora analiza las pasiones, sabe todo sobre todos y se desplaza con malicia por la superficie del relato.



Susana Constante

La educación sentimental de la señorita Sonia

La sonrisa vertical - 13

ePub r1.1
Titivillus 04.03.17

Título original: *La educación sentimental de la señorita Sonia*
Susana Constante, 1979

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Alberto Cousté

Antes será que los ligeros ciervos pacerán por el cielo, y a las orillas echarán los mares los desnudos peces; antes será que, trocados sus lugares naturales, el desterrado beberá en el Araris o la Germania en el Tigris, que del pecho mío, borrado, desaparezca su rostro.

VIRGILIO — *Bucólicas*

The Maid was on the eve of womanhood; The Boy had fewer summers, but his heart Had far outgrown his years, and to his eye There was but one belovedface on earth…

BYRON — *The Dream*

¡Venid, venid, caballero! Aburrámonos juntos.

LUIS XIII

1

Toda conversación es una impostura dijo el Capitán, sacudiendo con la aguada, pulida punta de su dedo índice un exceso de ceniza que se había acumulado en su cigarrillo durante el transcurso de la conversación anterior. Con entera, empalagosa dulzura, aplicó la punta del cigarrillo sobre el brazo joven, desprevenido y limpio que descansaba en la felpa verde del sillón contiguo. El rostro de la señorita se contorsionó, se esforzó todo entero por *gritar hacia adentro*, por no manifestar, no molestar con estridencias el curso del pensamiento de su interlocutor. Un discreto globito de saliva apareció en la comisura izquierda de la —por otra parte— llena, y perfectamente en su sitio, boca. Pero dentro de su cabecita se agitaban dos o tres —no más— pensamientos conectados con la conversación anterior (amorosa) mantenida en la semioscuridad del vagón con ese bruto espléndido que súbitamente se desplegaba antes sus ojos, se engrandecía por segundos, *parecía* escaparse todo entero del traje (dorados resplandores de opereta) de Capitán de húsares (¿o de zuavos?). La herida —pequeño redondel negruzco— adquiría dimensiones de epopeya, la marcaba como seguramente ninguna otra cosa, ni siquiera… aquello, aunque —bajó seductoramente

los ojos y *vio*, entre los encajes percibió, la redondez mal disimulada de su rodilla derecha— tampoco podía decirse que el esfuerzo anterior por comprenderse establecer un *rapport* o como quiera llamárselo, hubiera resultado totalmente improductivo.

—Así pues, querido Capitán, ¿por qué no me cuenta algunas de sus experiencias entre los hulanos?

Afuera se dispersaba el sol, se iba, hacía rato que se estaba yendo el sol sobre los pastos apenas perceptibles a causa de la velocidad con que se desplazaba el tren. Pero también, y precisamente por esa misma velocidad, se veía el hilo brillante, arrasador de las mínimas gotas de rocío vespertino. Había como una franja de destello, de esplendor tornasolado que lo sobrevolaba todo.

—¡Perdón, perdón!

La figurita se disculpaba con la misma vehemencia con que había abierto —violado— la puerta del compartimiento. Se quedó mirando (por encima de sus bigotes ralos miraba) la Rodilla. Trabajosamente, subió por el muslo cuidadosamente velado, trepó con internas convulsiones por la cintura y el ¡Dios mío!, pecho, y mirando con terror la barbilla redonda, barbotó:

—¿Por qué, en nombre de Dios, este tren corre en dirección contraria?

La pregunta alcanzó de lleno, como un ladrillo, el rostro del Capitán, que fue enrojeciendo lentamente hasta adquirir el aspecto lustroso y vagamente obsceno de una remolacha. Se puso de pie a impulsos de puro talón. Talón de bruto, recubierto de cuero. Así de pie, se hizo evidente que doblaba en altura al hombrecito —¿comerciante, pastor de cabras?, imposible precisarlo— y articuló: ¡Exijo una satisfacción!, —

y se quedó mirándolo.

A esta altura, Sonia comprendió que la deliciosa espesura filosófica de la conversación anterior estaba irremediablemente perdida.

—Capitán… querido amigo —miró soñadoramente al hombrecito y palmeó el rincón de la felpa que quedaba libre a su derecha.

—Siéntese —le dijo.

Atrapado entre la Cortesía y su sentido del Honor, el hombrecito se tambaleó. Ni se sentaba ni dejaba de hacerlo. En el breve lapso transcurrido entre su entrada y ese momento, se le habían formulado —reflexionó— dos invitaciones fatalmente opuestas. Imposible ceder a una sin desairar a la otra. Aterrado, confuso, pasó del rubor galante al matiz cerúleo obligatorio en los lances caballerescos. De pronto se decidió:

—¡Pégueme! —le rogó al Capitán, pero cuando hubo terminado de articular la palabra, descubrió con espanto que sus ojos— encandilados por la gracia redonda y tierna de la señorita —estaban prendidos a su rostro de modo que se encontró pidiéndole a ella que le pegara, y lo que por un momento había parecido una manera impecable de decantar la situación hacia el lado de las explicaciones masculinas, se transformó súbitamente en un murmullo entrecortado y comprometedor.

La mano de Sonia descargó un bofetón vigoroso y repentino sobre el rostro espantado. El cuerpo había seguido el envión natural del brazo, y ella se encontraba ahora de pie, mirándolo con sus ojos claros y algo velados. Lentamente como probando las palabras, Sonia dijo:

—Exijo una compensación —y volvió a sentarse.

El hombrecito tomó asiento a su lado, tranquilizado y felicitándose interiormente por su

astucia, que había conseguido (y en ese momento decidió incluir también a la Divina Providencia en el asunto), que habían conseguido hacer de dos propuestas contradictorias, un desafío claro y concreto. Produjo una libretita sobrada, de tapas de cuero, y un lápiz de mina dura.

—Veamos —dijo, buscando una hoja en blanco — organicemos esto. El señor, ehhh… general — nunca estaba de más adular discretamente a los poderosos— el señor general quiere satisfacerse, es decir. ¡Dios mío!, ser compensado, esto es.

Tropezando, cogido de súbito por la garra hedionda de su desamparo fundamental, el comerciante (porque ahora no cabía duda de que era un comerciante; mirar, si no, las prolijas columnas de números que maculaban la libretita) dejó caer la cabeza contra la pana verde y cerró los ojos.

—Hagan ustedes lo que quieran —murmuró.

Sonia apoyó con delicadeza su mano blanca sobre la tela zafia del abrigo intruso, pellizcándolo suavemente.

—Siempre he pensado —dijo— que lo que transforma una situación de incómoda en dolorosa es la incapacidad de formularla correctamente. A usted le faltan las palabras, ¡pobrecito!, y esto constituye una desgracia de la que, estoy segura, ni el Capitán ni yo abusaremos. ¿No es verdad, amigo mío?

El Capitán se retorció el bigote. Si por él fuera, se dijo, ya hubiese arrojado al miserable del compartimiento, aunque en verdad (y en ese momento de la reflexión se irguió adoptando una actitud a la vez marcial y condescendiente) su dignidad exigía un adversario más, ¿cómo decirlo?, apto que esa insignificancia amarronada que abría ahora los ojos y la boca, pendiente de su respuesta o decisión.

—Desde luego —barbotó por fin, mirando al hombrecito dos centímetros por encima de su cabeza, tocada con un monumental gorro de piel apolillada.

El hombrecito gorgoteó. Alguien se había apiadado, finalmente, de él. Se hamacó en la súbita atmósfera compasiva del compartimiento. Balbuceó, ronroneó casi, la pregunta falta, aquella que lo había conducido a dos tormentos previos, pero también, también, a la blanda tranquilidad presente.

—¿Por qué —dijo— corre este tren en dirección contraria?

Mordiéndose los labios, y con ellos un sector del bigote, el Capitán eligió contemplar el paisaje. Pero había oscurecido completamente ya, era de noche, y en consecuencia se encontró mirando con una vaga mueca descontenta el pulido cristal como el fondo o puerta trasera de un cuadro terriblemente importante, una Obra de Arte, una de aquellas cuyas puertas traseras son tan asombrosas como el Salón de Recepción.

—Pero ¿adónde va usted, querido mío? —preguntó Sonia levantando los brazos para acoplar las trémulas magnolias de su sombrero.

—Pskov —concretó el comerciante con un brillo ansioso en la mirada.

—¿Pskov?

—¡Pskov!

—Entonces ha tenido usted suerte —Sonia le dedicó una arrebatadora sonrisa de congratulación— porque vamos definitivamente en dirección a Niza.

—Me lo temía.

El hombrecito pareció encogerse, hasta que sobre los mullidos almohadones verdes no quedaron más que los bultos descuidados de su gabán y su gorro, mudos testigos de este

adelgazamiento repentino. Desapareció naturalmente. ¿Por qué hubiera debido sostenerlo el esqueleto, si ni siquiera lo apoyaban las palabras? Sonia decidió ocuparse de otra cosa, mientras el movimiento ciego de la vida restablecía el orden fatal del Universo. Haber sido testigo de un desmenuzamiento y estar a la espera de una resurrección era algo que consideraba tan dentro de lo posible que apenas les dedicó una mirada distraída.

En el fondo claro de sus ojos flotaba algo.

¿Qué flotaba en el fondo claro de sus ojos?

Afuera se levantaba la luna, la traqueteada esfera protagonista de tanta cita y tanto crimen, tanto verso gentil, que a esas alturas poco —si acaso, la palabra «luna»— podía decirse de ella. ¿Pero por qué no mezclarse con la luna, y sobre todo ahora, que aparecía aserrada o mordida por los dientes lejanos de los álamos? Luna, sí. Campos y bosques y pelos de bichos remotos, todos ellos mojados por la luna o su luz o su fantasma resollante, llegado de otros mundos, adelgazado por el espacio del largo camino recorrido. Como es natural, había también hierbas, o sus representantes; vale decir, todo el cortejo de sombras, susurros, destellos, coitos pequeños, pequeñas muertes. El paso gigantesco del tren segaba luminosa y brevemente algunos recortes de campo. Daba por un momento luz y profundidad a ese teatro de acontecimientos mínimos, pero siempre significativos. La mirada ciega y abierta de un conejo sorprendido en el acto de mascar una ramita de hinojo, se encontró con la mirada absorta y vagarosa del Capitán de húsares, que lo sobrevoló, por así decirlo, en menos de cinco segundos.

Sonia miró al Capitán. El Capitán volvió

lentamente la cabeza, demostrando una laudable inclinación a la simetría o equilibrio de la escena, puesto que, así como estaba, con el cuello torcido hacia ninguna parte, dejaba a la señorita sin nada que hacer o que decir, mientras que de la otra manera —esto es, mirándola— podía zambullirse en su mirada húmeda que le convocaba el recuerdo de otras humedades a las cuales Sonia no era ajena en absoluto.

La intensidad de esta rememoración le hizo sudar ligeramente los sectores de cuerpo ocupados por el pelo, y más aún, provocó —mágicamente— un movimiento casi mecánico de su brazo, que se irguió estirado hacia adelante, tratando de ajustar la forma de su mano a esa otra forma anticipada del pecho de la señorita, que a su vez y simultáneamente se inclinó con la boca entreabierta y los dientes brillantes. Su pecho izquierdo quedó en consecuencia atrapado en la presión más que gentil, aunque imperativa, de la mano militar, de esa mano que —pensó ella estremeciéndose— había empuñado la muerte en tantas ocasiones, aunque en verdad no podía de momento precisar exactamente en cuáles. ¿Acaso importaba ahora? Se sentía excitada, arrebatada por todo ese conjunto de vagas fantasías de muerte y sangre, rojas oleadas, cientos de heridas que ahora le pesaban en los muslos y hacían vacilar su cabeza. Ofreció a este verdugo la masa hipersensibilizada de su pecho y los labios húmedos, y su mirada errática se detuvo por un momento en la comisura del ojo izquierdo de su antagonista, bajando sin proponérselo por el pecho y la cintura hasta encontrar el punto abultado en la entrepierna, que era el foco imantado de su expectación. Preciso es decir que se trataba de una protuberancia imponente, merecedora de que se hiciesen por ella los mayores disparates. Sonia

estaba efectivamente a punto de hacer un disparate, cuando la puerta del compartimiento volvió a abrirse para dar paso esta vez a dos pulidos zapatos con labradas, digno remate de las pantorrillas envueltas en algodón blancuzco hasta debajo de la rótula, de donde arrancaba con limpieza un estupendo calzón gris.

El Capitán ahuyentó una mosca inexistente, que según todas las apariencias había escogido como lugar de habitación la blanca colina lechosa del pecho de la señorita y, levantando los ojos hasta clavarlos en el rostro impasible del criado —que miraba hacia adelante como empeñado en horadar la oscuridad exterior—, se dispuso a escuchar, con cristiana resignación, lo que el otro tenía que decirles.

—La cena —dijo, y se hizo a un lado manteniendo la puerta abierta, de suerte que Sonia no tuvo más que dar un pequeño salto para quedar bamboleándose seductoramente en el pasillo, con el brazo levantado, dispuesto a caer en su momento sobre la manga rojo brillante de su escolta.

El hombrecito se irguió. Esto es, apareció sin previo aviso un instante más tarde. Empuñaba —él también empuñaba, ¿por qué no?— una pata de pava surgida, tal vez, de la vastedad ignota de su bolsillo izquierdo. Torneada. Se preguntó, mientras masticaba con aplicación, si la pata de la señorita era la mitad de sabrosa que esta. Había algo en ella —pata o señorita— que levantaba en su corazón un tumulto de sentimientos contradictorios. No se trataba —reflexionó, advirtiendo vagamente al mismo tiempo que este acto de reflexionar le era grato y novedoso—, no se trataba en modo alguno de deseo, tal como él lo conocía; vale decir, no quería, de manera alguna, arrojarse sobre esta jovencita, sino más bien (sin

pestañear comía y discurseaba), un impulso salvaje y desconocido de poseer *el todo* de ella, fuese cual fuese. Y este deseo se explicaba muy mal con palabras tales como: chupar, lamer, penetrar, culear, y otras. Era algo que, si bien tomaba como referencia lo concreto de su carne, aspiraba a una posesión de tipo religioso, místico, total…

Volvieron a faltarle las palabras. Absorto, con la pata a medio comer danzando casi en su mano como una batuta, procuró *nombrar*, desentrañar, poner frente a sí como un objeto la imperiosa necesidad que le hacía temblar —sí, temblar— ante la sola idea de poner la mano encima de la parte más insignificante de la niña: una oreja, por ejemplo. La visión retrospectiva de esa orejita (se negaba a llamarla «oreja») rosada, regordeta, medio cubierta por unos ricillos escasos y estremecidos, le convocaba un trozo de huerto por el que había sentido —en su niñez remota— una predilección especial. Era un cuadradito apenas, casi totalmente cubierto de hinojos entre los cuales asomaban unas florecitas pequeñas, de un rojo subido, y tan frágiles, que todos sus intentos por arrancarlas y formar con ellas un ramo, habían conducido al desastre. Eso, por lo que se refiere a la oreja. El resto del cuadradito —esto es, los hinojos— no le servía de momento para nada, aunque sospechó, abandonando el hueso pelado sobre su rodilla, que una axila de la joven, pongamos por caso, una sola axila, podía resultar infinitamente más tierna y sugestiva que la totalidad del huerto, que ahora se armaba en su memoria con una velocidad y exactitud que le provocaban miedo.

La risa honda y tempestuosa de la señorita, precedió en pocos segundos al movimiento circular del picaporte. Las cortinillas se agitaron;

el corazón del hombrecito se agitó y encogió y volvió a doblarse, dificultosamente en lo más profundo de esa carne magra e inocente. Cuando el Capitán abrió la puerta, sólo quedaba como testigo duro y flaco del momentáneo renacer un hueso de pava que la puntera de la bota marcial arrojó sin advertirlo bajo el asiento.

Tintineaban todavía los ecos de su risa cuando Sonia se sentó.

Uno a uno fueron extinguiéndose los ruidos: el apagado murmullo de las conversaciones ajenas; el roce de ignorados pies en la madera del pasillo. Hasta las luces desmayaron de a poco y desde las bambalinas de sus párpados, el hombrecito lo vio apagarse todo y renacer —entre el afuera y su mirada— la forma bella y blanca del cuello de la señorita, forma que parecía tenderse hacia otra parte en un movimiento de expectación que era no obstante blando y concesivo. La mano del Capitán apareció de súbito en el campo de su mirada con la palma hacia arriba. Mano solicitante, mano sedienta y pedigüeña; mano donante, fuerte y rica.

El comerciante cerró los ojos, repentinamente consciente de su imposibilidad de presenciar el encuentro de esas manos. El terror lo cegaba; el deseo mandaba que mirase. El resultado de esta lucha era una pena intensa, una palpitante desolación que lo mantenía atrapado en su puño de hierro, pegado a la felpilla verde, inmóvil, alternativamente ciego y vigilante.

De rodillas frente a esa verga temblorosa y potente, ella percibió —como si el conocimiento con toda su rotundidad, llegase de otra parte— que ese instante de contemplación (ese momento en el cual *todo* dependía de su aquiescencia o su repulsa) era perfecto; sintió que contenía en sí todas las preguntas posibles, con sus eventuales respuestas; que no importaba en verdad (y

entonces sonrió) quién fuera el portador ocasional del fenómeno, sino más bien que en ese instante, esa persona concreta desaparecía, se disolvía en la nada con sus perplejidades y virtudes, sudores, excrecencias, pecadillos. Esto —que ahora acariciaba dulcemente con la punta de su lengua— era una respuesta en sí misma, y ella lamía una verdad completa, un conocimiento situado más allá de las vacilaciones de su pensamiento. Permaneció arrodillada, adorándola con la lengua, y este contacto mínimo, lengua y glande (porque sus brazos estaban caídos a los costados del cuerpo, y él por su parte, nada hacía), constituía un círculo de comprensión deslumbrante, un nudo para siempre desatado. Supo repentinamente (y una paz infinita besó su corazón) que su persona —su indefinido, fluctuante, impreciso nombre— tampoco importaba. La soledad descendió como una bendición, borró diferencias y marcas posibles, la arrojó a un terror jugoso y al mismo tiempo claro y definitivo. Apretó en su boca aquella seda innominable, sintiendo correr por debajo el trazado pulsante de las venas, y quiso de pronto poseer, acortar las distancias, aun sabiendo bien que no era posible y ni siquiera deseable. Y cuando por fin se derramó en su boca la leche tibia y picante, tragó con avidez lo que del otro había sustraído, abrazando levemente con la lengua todo mínimo resto y ocasión de goce.

La señorita experimentó entonces el sentimiento del Poder.

La oscuridad (o penumbra lechosa que la sustituía, teniendo en cuenta la existencia palpable de esa luna) había llenado hasta el último resquicio de forma, viviente o estática. Sonia miraba frente a sí, miraba nada, perdida en un estado secreto, una suerte de situación pensante en la que nada pensaba, sino donde más bien

desfilaban ideas sueltas prendidas a una imagen que las precedía como bastonera en esta fiesta sin sol.

El Capitán dormía su tenso sueño de bruto, perfectamente en paz con su futuro y con su suerte. Debajo de esas medallas, latía tal vez un corazón, pero en todo caso no había llegado el momento propicio para que se manifestase. La convicción profunda de poseer —satisfactoriamente y por completo— esa carne suave, que brillaba más que las magnolias, le permitía dormir. La convicción, digo, que partía de la verdad irrebatible de ser el dueño y señor de esa bella columna de carne que por el momento descansaba entre sus piernas, por completo ajena a las pasiones y conflictos que su presencia —o ausencia— suscitaban. Él era el amo de las acciones concretas. El soberano de los gestos definitivos.

El comerciante, en cambio, dejaba que sin ruido se desarrollara sobre su rostro un combate de lágrimas y estallidos penosos de nostalgia. Con la cara vuelta hacia la forma blanca y deliciosa de la niña, perdía la cabeza en un balbuceo convulsivo y agotador de su memoria, donde tan pronto se deslizaban castaños como manso, gorras u ovejas; el otoño y el estío; las fatigas dolorosas del hielo y las lluvias ligeras de mayo.

Mirando el perfil exacto y sensible de la muchacha que descansaba a su lado, lo invadió de pronto una infinita piedad por su propia condición; tuvo, como en un chispazo y por primera vez en su vida, una visión clara de su desoladora ignorancia; sintió, en suma, que la cercanía de ese cuerpo le proponía un desafío que abarcaba la totalidad de su existencia.

Sin saber nada de todo esto, y precisamente porque no lo sabía, Sonia se volvió hacia la

figurita delgada y preguntó —¿no tiene usted frío? — con una voz profunda y somnolienta, y la vaga intención de ofrecerle sus pieles, que descansaban en el suelo esperando su hora. El hombrecito cayó de rodillas con un gesto que era, sin embargo, digno y natural, y apoyó su mejilla ardiente sobre los pies de la señorita. Con infinita suavidad (tanta, que por un momento, ella no supo si en verdad sucedía lo que creía saber que estaba sucediendo), besó primero un tobillo y luego el otro, aspirando los mezclados aromas de seda y perfumes y carne joven, los amos del sueño, del viaje y del deseo.

Con idéntica dulzura, Sonia levantó la falda tenue de su traje, dejándola caer como un pañuelo sobre las espaldas del comerciante, que quedó de esta manera cubierto por un velo caliente e inmaterial de gasas y puntillas. Su frente se apoyó sobre las rodillas de la señorita, que se separaron un poco para permitirle descansar sobre la carne más suave y elástica de los muslos, en el punto preciso en que se perdía la seda de las medias, para dejar paso al calor aduraznado de la piel. El hombrecito permaneció allí durante un tiempo que le pareció de duración infinita, mecido por el traqueteo maternal del tren y de los muslos, hasta que el sexo de la señorita comenzó a latir y entreabrir en un jadeo insoportable. Podemos decir que sexo y lengua se salieron mutuamente al encuentro con exquisita sincronización, y él atrapó en su boca el botoncito tembloroso y entregado y empezó a chuparlo cerrando los ojos hasta que el placer y el deseo se adueñaron de todo, y, mientras las caderas de Sonia comenzaban a moverse rítmica y profundamente, él se las arregló para sacar el miembro y empezó a acariciarlo y moverlo experimentando un placer que lo ahogaba y enceguecía y anulaba, pero del cual surgía —sin

embargo— la certeza profunda de su existencia real.

La mano húmeda y renovadamente milagrosa de la aurora bañó a los tres con una claridad sedosa e imprecisa, un tenue gris que a trozos se teñía de amarillo. La mañana los encontró, entonces, a los tres durmiendo con los labios calientes, los miembros laxos y el corazón en otra parte. Los tres ausentes, decorosamente separados por esa verdad personal que se impone en el sueño con la infalibilidad y definición que caracterizan a las verdades. Porque en el sueño, que representa en cada cuerpo a todos y a ninguno, se levanta la marca singular que en la vigilia tiende a confundirse con la infinita variedad de otras manifestaciones. Los tres a un tiempo corruptos e inocentes.

Nuevo y recién lavado se tendía el paisaje: colinas, bosquecillos, pequeños dedos de agua bailoteadora y refrescante. Se acercaba —el paisaje— al mar. Se arroja el tren —pagado de sí mismo y su potencia— hacia las vastas masas marinas, pueblo costero, imagen sonriente de las arenas por venir.

El puño discreto y no obstante urgente del señor Revisor de Pases y Billetes batió por tres veces la madera barnizada de la puerta. Tres veces, pausa, y luego otras tres.

El comerciante se incorporó, súbitamente atento, para encontrarse enfrentado a la mirada vaga —pero amenazadora— del Capitán de húsares.

—Golpetean —articuló tenuemente el comerciante.

—¿Qué dice? —el Capitán pulió con la manga de su chaqueta el resplandor insolente del quepis.

—Dan golpecitos —repitió el hombre,

atragantado por una sucesión de ideas siniestras, entre las que se destacaba como sospecha insoportable, su próxima separación de la señorita; separación que seguiría como consecuencia fatal de la irregularidad de su propia situación.

Porque en fin, después de todo, él sólo podía mostrar —caso de serle requerido— un sobado rectángulo grisáceo que ponía, y entonces gimió, ponía PSKOV en letras así de grandes, y en ese caso desdichado y previsible sería arrojado del tren (y el hombrecito pudo verse, volando como una desarticulada bolsa de patas, planeando sobre el pasto quemado de los alrededores del tren, y cayendo, cayendo), y de pronto percibió con claridad que su desgracia —si desgracia había— consistiría en esta separación brutal, este seccionamiento, esta amputación que iba a serle practicada. Y aunque es evidente que el sentimiento, como suele suceder, era exagerado y hasta grandilocuente, resultaba no obstante exacto.

Volvió a mirar al Capitán y carraspeó.

—Me permito, general, haceros la observación de que llaman a la puerta —dijo, con una mueca de dolor que era como el reflejo de superficie de su padecimiento moral.

El Capitán abrió definitivamente los ojos, fijándolos sin piedad sobre la figurita delgada y temblorosa.

—¿Y qué demonios esperas para abrir? —contestó, luchando por quitar una pequeña mancha opaca de la puntera de una de sus botas.

Haciendo una inspiración profunda, el hombrecito abrió, acurrucándose después con celeridad en su cálido rincón afelpado.

Después de mirar con —tal vez— excesivo detenimiento la figura ágil de la señorita que se desperezaba y, ¡gran Dios!, se las arreglaba al

mismo tiempo para sonreír, el señor Revisor tendió una mano algo trémula en procura de los billetes. El Capitán le ofreció el suyo con indiferencia; Sonia hizo lo propio después de una búsqueda perfumada en un bolsito no mayor que su mano; y el comerciante —con una sonrisa exangüe e infinitamente digna— puso sobre la palma autoritaria el cuadradito con su pertenencia.

El Revisor tornose primero rojo, luego verde (por ser hombre propenso a los trastornos hepáticos) y finalmente rugió entre flemas y sudores: —¡Irregular, muy irregular!— iniciando un gesto que, de alcanzar todo su desarrollo, conduciría de manera infalible a la expulsión del desdichado.

—¿Qué cosa es irregular, mi estimado Inspector de Billetes?

La voz de Sonia, profunda y como ensanchada por el sueño, interrumpió el ademán escarnecedor. El Revisor la miró con ceño disminuido y vacilante. Mas de pronto, llamando en su auxilio a su Sentido del Deber, dijo en voz alta, aunque dulce.

—Aquí pone Pskov. Este señor va a Pskov. Por lo tanto, no va a Niza. Yo, en cambio, así como usted, *Madame*, y el otro caballero, vamos a Niza. Somos tres —y lo apabullante de su lógica le hizo sonreír— somos tres contra uno. Nos asiste el derecho —y se quedó esperando.

Incorporándose con un ademán de risueño desconcierto, Sonia dijo:

—¿Pskov?… ¡Oh, no! Mijail —explicó, señalando al hombrecito con una ademán amistoso pero desapegado— es algo torpe, ¿me comprende el señor Inspector de Billetes?, una persona confusa. Sin duda ha malinterpretado mis órdenes y, como además no tiene el hábito de

mirar a su alrededor, no se ha enterado hasta ahora de las variaciones del paisaje.

Sonia clavó su mirada húmeda en la mirada pequeña del Revisor.

—Mijail es mi esclavo —terminó, ofreciendo esta información como definitiva y suficiente.

—¡Oh! —el revisor dio un paso atrás— en ese caso —y salió del compartimiento sin comprender, pero convencido, tal es la falibilidad de las cosas humanas, de haberlo comprendido todo.

El Capitán se echó a reír, paseando su mirada divertida del comerciante —que reflexionaba— a Sonia que, como le era habitual, sonreía.

Reparando con mano leve y sabia las marcas que la noche había dejado en su traje, Sonia miró al hombrecito.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Él se puso de pie, pálido y consciente de estar haciendo algo que no comprendía muy bien, pero que le era indispensable.

—Llamadme Nicolás —dijo por fin, conminándose al mismo tiempo a no olvidar, no pasar por alto, la necesidad de pensar en todo aquello.

Bufando, el tren se precipitó en la estación antes de que el hombrecito hubiera podido organizar siquiera el punto de partida de sus reflexiones, a las que aventó para más tarde, lanzándose súbitamente fuera del compartimiento en pos del Capitán, que ya había abierto la portezuela y voceaba órdenes irresistibles en dirección a los mozos de cuerda, pálido e insolente pelotón con delantal y cuerpos flacos.

Nicolás cayó a tierra de rodillas, desplegando los peldaños y colocándose de manera tal, que cuando la señorita hubo bajado el primero se encontró con su hombro humillado, dispuesto a servirle de apoyo y, con la pierna levantada, vaciló

un momento, perdida, al parecer, en la contemplación del abrigo color ratón del comerciante.

2

¿De quién es ese pie? ¿Qué significa esa pierna tendida en el aire? ¿Acaso puede permitirse que una pierna cualquiera, un miembro sin historia, pise o salte o —en suma— ejerza alguna acción modificadora sin —antes— haberse explicado? ¿Por qué, en definitiva, dejarse convencer por la superficie de las cosas, por muy pulida y brillante que esta sea? ¿Es que una pierna no es —en la superficie— equiparable a otra cualquiera? ¿Y por qué ella la pierna y ese hombrecito el lomo?

3

La señorita había nacido veinte años antes en una finca de la provincia de… en… Sus orgullosos padres dironle el nombre de Sonia Adelaida Margarita Sofía Katerina. Pero fracasaron en hacer de ella una gran pianista. Desde pequeña, demostró no tener inclinación especial alguna hacia ninguna de las posibles formas del arte. Se limitaba a vagar de un lado a otro, casi siempre sonriendo. Los criados decían de ella que era una santa y la servían como a un pequeño ídolo. Sin embargo, no era (no podía decir que era) feliz. Desde su edad más tierna, la obsesionó la convicción de haber perdido (no sabía dónde) una oportunidad preciosa. Y, cuando aprendió a hablar, cogió el hábito de ir preguntando por su oportunidad a cuanta persona se le ponía por delante. Al principio, quedábase (ella) —después de hacer su pregunta— mirando a su interlocutor con verdadero interés, procurando penetrar hasta lo más recóndito de los secretos que —creía— atesoraba este. Pero, a fuerza de carecer de respuesta, se acostumbró al silencio, y si bien continuó preguntando durante un tiempo más, su pregunta ya no era más que un artificio retórico, un tic que la distinguía.

Después de las preguntas, vinieron las

caminatas. A sus doce años triscaba feliz por los campos de trigo (o lino o maíz, da igual), disfrutando de los golpecitos secos del pasto en sus piernas y sus orgullosos incipientes pechos. Triscaba y miraba: los mismos pastos, los mismos pechos, los diminutos bichos de la troje, rostro de los campesinos. Para ese entonces, había ya adquirido la suficiente sabiduría mundana como para no preguntar nada.

Y fue precisamente por esa edad en que —de regreso de una de sus excursiones solitarias— Sonia encontró (o pensó que encontraba) lo que había (o creía haber) perdido. Lo único seguro es que, desde aquel día, la niña adquirió un aplomo y una desenvoltura que debía fundarse en algún tipo de explicación —correcta o incorrecta, pero en todo caso efectiva— relacionada con su oportunidad.

Pasaba la niña, ya algo avanzado el crepúsculo, junto a un arroyo que cruzaba la propiedad, cuando se sintió cogida por dos brazos robustos que la arrojaron de espaldas, con tan mala fortuna que quedó atontada del golpe. Quedó atontada, digo, lo suficiente como para permanecer quieta y callada mientras el hombre lamía con insólito fuego y ternura las puntas de sus pequeños pechos.

Aquella noche, durante la melancólica comida familiar, Sonia se negó a comer los espárragos. No sólo se negó, sino que, caprichosamente, parecía asociar esta negativa con una intención de ofensa a su padre, que se los había ofrecido. Y rechazó el plato con ademán —y expresiones— tan insultantes, que su madre —que permanecía en suspenso con la servilleta apoyada en la boca— alzó los ojos al cielorraso para no ver (era una mujer particularmente sensible) la enérgica bofetada que —no lo dudaba— recibiría su corderito. Permaneció, entonces, hundida en la

penumbra del techo, durante un minuto largo, al cabo del cual —y como nada se escuchase— volvió la mirada al nivel de las personas. Y lo que vio le produjo una impresión tan brutal que, años más tarde relataba todavía a quien quisiese escucharla, que por un momento había creído no sobrevivir a ella. Porque su esposo —digno, robusto y severo dueño— comía con la cabeza semienterrada en los espárragos de su plato, turbado —parecía— por la mirada fija, y en cierta forma inquisitiva, de Sonia.

¿Cuál era la pregunta contenida en esta mirada clara e insistente?

Sonia no la formuló jamás.

A lo largo de los días que siguieron, llegó a crear un esquema de la situación que era más o menos el siguiente: había un padre diurno y había —sobre todo— un padre nocturno. El padre diurno era aquella figura adorada y lejana que ejercía funciones de dueño absoluto: sancionaba, decidía; el nocturno, en cambio, la visitaba en su cuarto —sigiloso y vacilante—, y su rostro imploraba, parecía a un tiempo pedir, y disculparse por pedir.

Sonia, dolorosamente impresionada, y también orgullosa de poseer —ser la dueña— de algo digno de estima y sufrimiento, estaba dispuesta a conceder lo que fuera para recuperar, al día siguiente, su papel de espectadora de esa autoridad avasallante llamada Padre, Señor y Amo nuestro.

4

Sonia apoyó el extremo de su zapatito en el lomo de Nicolás y saltó a tierra, encontrando de camino la mano del Capitán que se alzaba para ayudarla a completar con éxito el descenso. Una vez satisfactoriamente cumplidas las maniobras de rescate del voluminoso equipaje, Sonia tomó asiento sobre un bulto redondo que —recordó con sobresalto un momento después— contenía sombreros, esperando inmóvil y erguida que Alexei encontrara el correspondiente coche.

En tierra, el Capitán se movía bien, con la insolencia despectiva del conquistador. Su cuerpo robusto y vistoso ejecutaba los movimientos indispensables con cierta elegancia bizarra y una exactitud marcial que hablaban a favor de su entrenamiento.

Sentada allí, Sonia pensó en la condesa, a quien había conocido cinco años atrás, en ocasión de una visita a su casa. Había llegado a la finca en compañía de su padre, con quien (le pareció) mantenía una relación vagamente amorosa, y su madre (siempre nerviosa, aunque en verdad dura como una piedra y convencida de lo inatacable de su posición), había estado a punto de morir de susto al comprobar que se trataba de una gran dama. Sonia la había adorado al instante,

pegándose a su falda e imitando sus gestos altaneros.

La condesa, hija única del famoso duque de M. —ministro incapaz pero distinguidísimo—, se había casado joven y, lo que es aún más atinado, había enviudado joven. De modo que, habiendo atravesado como un meteoro lo más farragoso de sus obligaciones sociales, se encontró a los 24 años sola, rica e independiente. Era un ejemplo de buena suerte, había comentado secamente la madre de Sonia, mirando de soslayo a su marido.

El acto de viajar —esto es, trasladarse de un punto a otro, u otros— produce la misma ilusión de progreso que el hecho de vivir. Viajando, va uno siempre hacia adelante, aunque en los hechos pueda estar en verdad retrocediendo o, ¡Dios nos libre!, incluso dando vueltas en redondo. De la misma manera, vive uno creyendo —y haciendo creer a los que lo rodean— que efectúa un camino progresivo, que «adelanta»; vale decir, que la vida es una especie de… de camino que se detiene en diferentes etapas, cuando en verdad sería más cuerdo observar que el hecho «vida» disminuye en relación proporcional a la mayor cercanía de la muerte. Pero así como la vida existe por el puro impulso de gastarla, carcomerla, disminuirla, así también los caminos, puentes y carreteras proveen a la manía devoradora de la especie, contribuyendo a ella con incontables variaciones de forma, color y ritmo.

Este camino particular, rodando entre pinares al borde del mar, era especialmente apto para dar expansión al pensamiento, estimulado por los picantes olores del salitre y las pinochas. De modo que mientras rodaba el coche —ofreciendo como ventaja adicional la visión de ágiles culos equinos — Sonia miró sonriente a su derecha —esto es, hacia el mar—; Nicolás hacia atrás —porque iba

sentado en el pescante— en dirección aproximada a la oreja izquierda de la señorita, y el Capitán hacia adelante porque, siendo el más obtuso de los tres, desdeñaba todo transcursos y aspiraba con avidez a los puntos de llegada.

Justo es decir que, por lo que se refiere a esta meta particular, Alexei tenía depositada en ella una muy acariciada fantasía amorosa, a consecuencia de lo cual este camino objeto del discurso le era fatigosamente conocido. Y digo fatigosamente porque no se trataba de un caso de amor afortunado, sino de una pasión desdichada, que iba alimentándose y creciendo hasta llegar a ser —en ese día— un puro amasijo de lamentaciones. Alexei no había admirado esos árboles con el talante condescendiente del amante satisfecho, sino que lo había hecho con la expresión cariacontecida del amador frustrado, a causa de lo cual los detestaba. Por eso, cuando divisó la pizarra de los techos, brillante como la panza de un róbalo, se retorció con furia los bigotes y pegó una patada en la espalda del cochero, ofreciéndole paga adicional si cubría el resto del trayecto en cinco minuto. Y, reloj en mano, comenzó a contar solemnemente los segundos.

Contaba todavía cuando una voz (¡oh, qué voz, la voz!) lo sacó de sus operaciones aritméticas.

—Buenos días, amigo mío —dijo la voz, y él levantó la mirada para encontrarse con su portadora, que le había tendido la mano con cierto retintín que, ¡ay, bien lo sabía él!, anunciaba dificultades.

La condesa, que de ella se trataba, abrazó a Sonia y la besó en ambas mejillas, agradablemente sorprendida por los cambios favorables que observaba en su persona.

—¡Preciosa muchacha! —exclamó, para

volverse otra vez hacia el Capitán, que balbuceaba sus saludos con el rostro encarnado, lo cual—teniendo en cuenta el vivo tono carmesí del uniforme— le daba el aspecto torpe y apático de una langosta.

—Querido —le dijo—, ¡hace por lo menos un mes que no se lo veía por aquí! Pero lo perdono —añadió apoderándose de Sonia— porque me trae a mi linda amiguita. ¿Cómo está tu padre? —preguntó sonriendo.

La señorita hizo un gesto ambiguo.

—¡Ah, sí! —suspiró la condesa—, envejecemos. Pero no nos quedemos aquí, alma mía. El sol te hará daño. ¿Sabe, Alexei —continuó diciendo, mientras conducía a Sonia al interior de la casa—, que tenemos con nosotros al abate?

El Capitán gruñó.

—¿Qué abate? —preguntó Sonia, riendo encantada.

La condesa la miró a los ojos, acercándola más a ella.

—Es mi sobrino —explicó, escrutadora—, el hijo de mi pobre hermana, sí. La infeliz murió al darlo a luz. Una verdadera desgracia estos partos —añadió, con un suspirito afectado y los ojos brillantes.

Sobresaltada (la condesa jamás había tenido una hermana), Sonia hizo eco.

—¡Ah, qué desgracia —exclamó— estos partos! —y se dejó caer en un diván.

—En efecto —sonrió la condesa, tapándose los ojos con un pañuelo diminuto—. Por otra parte, es apenas un niño. ¡Quince años! ¿Y quieres creer, almita, que ha decidido seguir el seminario? ¡Disparates! Pero, en fin, tiene un carácter dulce, y hemos cogido el hábito de llamarlo abate, casi sin saber cómo. ¿Pero qué hace, querido? —preguntó volviéndose hacia el Capitán que, impaciente,

taconeaba, o más bien, rascaba el suelo con las botas.

El Capitán balbuceó algunas excusas y, congestionado, se dejó caer junto a Sonia en el diván. En el silencio que siguió, la condesa vio a Nicolás que, gorro en mano, había quedado petrificado al pie de la escalera, molestando a los criados que trasladaban el equipaje y le lanzaban al pasar miradas furibundas.

—¿Y eso? —preguntó la condesa mirando a Sonia.

La señorita lanzó una carcajada y procedió a relatar minuciosamente la historia del hombrecito, que la soportó con la cabeza baja y la mayor atención, sorprendido por el efecto extraño que le producía su vida relatada desde otra. Efecto tan intenso, que para la mitad del relato había perdido ya noción de ser el paciente, por así decirlo, y esperaba con ansiedad la palabra que vendría, como el final de un cuento ligeramente cómico y, sin embargo, inquietante.

—Un almohadón en mi cuarto bastará, supongo —terminó Sonia—. Me gusta tenerlo cerca —explicó en seguida—. Es bastante amable.

El corazón de Nicolás se iluminó. ¡Amable! ¡Él era —si algo era— amable! ¡Pasible de ser amado! ¡Ella decía que esa mujer era un ángel!, y por muy desgraciado se tendría si no fuera capaz de servirla, adivinarla, protegerla.

Nicolás conoció, si bien por escasos minutos, las exaltaciones galantes más elaboradas. La voz de Sonia lo sacó de un cuadro de su invención en que se lo veía, lanza en mano, cargar solo contra una compañía, protegiendo con su cuerpo el cuerpo de la señorita que —cosa extraña— conservaba su habitual sonrisa y gesto indolente.

—¿Pero es que no me oyes? —repitió Sonia, enfrentando la mirada vaga del hombrecito—. Ven

conmigo. Necesito descansar —le dijo a la condesa, que la acompañaba—. Y por cierto, ¿cuándo veremos al abate? —agregó sonriendo con picardía.

—Almorzaremos juntos —prometió Luisa, agradeciendo con una caricia la complicidad instantánea de la señorita que, a esas alturas, ya había comprendido que el niño era su hijo.

5

¿Cómo hablar del Amor? ¿Qué decir de esta acariciada enfermedad? ¿Y qué, sobre todo, cuando se trata del primer amor, tan inficionado del sujeto mismo del amante, que el amado queda reducido a una pura forma auxiliar, como justificador concesivo del delirio? Entonces es extravío, formas desgarradas del alma que quiere poseer ese espejo, aunque para eso fuera preciso desmenuzarlo, reducirlo a cenizas a fuerza de furor y de besos, en un arrebato ciego empeñado en asirse y morderse como aquellas serpientes que se devoran la cola. Terror en los límites.

Cuando Sonia vio a Sebastián por primera vez; cuando posó la planta en ese salón donde él y la condesa reinaban con la alegría, la juventud y la malicia, sufrió como un deslumbramiento que la incorporó al cuadro como el tercero necesario para tentar el equilibrio. (¡Qué bello eras, amor, riendo en blanco y negro y largo y suave, demonio atormentador de sueños y vigilias!).

Lo primero que de él vio fue la sonrisa. Y en verla se levantó en su corazón la necesidad impostergable de poseer, atrapar esa sonrisa para siempre, lamer la blancura brillante y perfecta de los dientes, el brillo de los ojos, la curva de ese cuello. De pronto, sus ojos claros se velaron de

lágrimas sin causa aparente de desgracia, y conoció que iba a sufrir. El dolor le era tan ajeno como la cólera o cualquier emoción fuerte, puesto que hasta entonces ella era quien portaba la belleza, beneficiándose de esa hegemonía sin haber conocido jamás sus desventuras.

Bella imagen hacían frente a frente, ambos perfectos, varón y hembra, llevando —para tristeza eterna— el esplendor como carga desconocida.

El almuerzo transcurrió para Sonia en un segundo, hundida en el placer recién descubierto de mirar algo que estaba más allá de sí misma, pero sin advertir cabalmente la diferencia existente entre sí y el otro.

Sebastián la trataba con la misma cortesía minuciosa con que se dirigía al Capitán. Correcto pero distante, sólo se iluminaba cuando hablaba a la condesa o era reclamado por ella, por quien parecía experimentar una devoción sin límites, aniñada pero cubierta ya con una gravedad adulta que, ¡cosa extraña!, nada tenía de ridícula, resultando más bien turbadora.

Si le hubieran preguntado a la señorita qué se había dicho, o aun, en qué había consistido la comida, no hubiera podido responder. Sebastián ocupaba su pensamiento tanto como su mirada, y los ojos claros de Sonia, —ordinariamente enigmáticos— brillaban fijos en un solo punto: la curva redonda y aduraznada de un mentón, o los movimientos fáciles y dorados de las manos esbeltas. Manos de niño enfermo, manos de cura de virtud frágil (¡oh, tus manos, amor, el largo de los huesos delgados y gentiles, la palma seca y caliente del deseo!).

Sonia era una masa de sensaciones exquisitas: dolor y estremecimientos; sed y amor al tormento de la sed; hambre y deseo de prolongación de este

hambre; ardiente frío.

Tormentos infinitamente sutiles, civilizados desgarramientos, terrores celosamente custodiados. El amor, sí, la traidora sonrisa loca del amor. Ficción a la que nos entregamos sin defensas, alegremente desnudos y vulnerables, alternativamente poderosos y frágiles, como dioses de muchas caras y diferentes destinos.

Si el señor Maeterlinck hubiera tenido ocasión —en el trascurso de la semana que siguió— de pasearse por el parque y observar las evoluciones de los habitantes de la casa, se hubiera creído en una colmena: ¡a tal punto los movimientos de los enamorados podían compararse con ciertas danzas nupciales de estos fascinantes himenópteros!

Diré que el amor henchía cortinas y pecheras; se esparcía como un viento africano sobre el jardín. Aquello era un puro ir y venir siempre significativo. Miradas, sonrisas, observaciones puntuadas por suspiros, violencias súbitas. Enrojecían y palidecían, ellos, varias veces por día, abandonándose por la noche a los ejercicios más extravagantes, cada cual según su carácter e inclinaciones: Sebastián, insensible a las seducciones vulgares (o creyéndolo así) leía el libro IV de la *Eneida*, y como una nueva Dido en pantalones, se abandonaba a la desesperación más profunda hundido en un sillón; Alexei —que había pasado el día haciéndole la corte a Luisa— se dedicaba después de la cena al cuerpo complaciente de la señorita, que por su parte se prestaba a aquellas prácticas como en un sueño y ponía desvergonzadamente, y para su satisfacción personal, el cuerpo de Sebastián en el lugar ocupado por Alexei. En cuanto a Nicolás —que era filósofo por vocación ya que no por entrenamiento, y a quien el capricho de Sonia había dado tan espléndido punto de mira—

alternativamente meditaba y se mesaba los cabellos, según cómo marchasen sus asuntos. La condesa, en cambio, actuaba con su habitual parsimonia, es decir, como si no tuviese preocupación particular alguna. Su fisonomía, siempre plácida, no daba al mundo ocasión de sospechar hasta qué punto se divertía. Y por lo que se refiere a sus noches, las dedicaba a la lectura, con ocasionales disgregaciones para impartir las órdenes concernientes a la buena marcha de la casa. Miraba, ella, el juego ligero y terrible que se ofrecía a sus reflexiones y acudía, con naturalidad perfecta, a desfacer entuertos: una sentencia melancólica aquí; una mirada colérica allá; una palmadita de aliento. Concluida la primera semana, hubiera podido predecir con exactitud el destino de aquellas pasiones. A veces suspiraba.

6

Sonia se apoyó en la fría piedra del balcón, contemplando —silueta blanca y difusa— la noche sobre el jardín. Sólo brillaba lo inanimado o lo que —como los hombres— ha escapado a las leyes de lo natural, y gime desde entonces en los pálidos desiertos calcáreos. Todo lo demás —rododendros, libélulas, claras flores de la luz, ramas, troncos, rumores— estaba a oscuras.

Apoyada, como digo, en la piedra, se formuló por centésima vez desde su llegada la pregunta cuya respuesta no tenía en verdad cabida en su corazón. Horadando la pura nada movediza que a un tiempo se ofrecía y se hurtaba a su mirada, se preguntó: —¿amo a esa criatura?—, procurando ponerle un nombre caritativo, humano, al dolor delicioso e insoportable que le retorcía el estómago, la lengua y hasta la piel —la piel— al mirar la figura alargada y morena, con olor a chocolate y a alguna otra cosa que no podía definir. Mentas, tal vez, o almidón.

Algo blanco y redondo y liviano rozó la comba de sus ojos, distendidos por la imposibilidad de fijarse en un punto preciso. Algo que subía y bajaba, saltaba —burbuja lunar— rasgando el aire como la seda: una pelota. Un balón que alguien recogía antes de tocar el suelo y volvía a impulsar

hacia arriba, al aire negro y fresquito de la noche. El corazón de la señorita saltó. Esto es, subió y volvió a bajar en el estrecho espacio encantador de su pecho. Su corazón saltó, como una pelota.

—¿Será posible? —murmuró, procurando distinguir en las sombras del jardín el cuerpo, las manos, el rostro responsable, en suma, de tanto movimiento esférico y sutil. Tendió una mano hacia el interior de su cuarto y llamó al hombrecito con un susurro regocijado, rozando la piel de su frente con la punta de los dedos.

—Dime, Nicolás, ¿qué ves en el jardín?

Nicolás miró, acuclillado entre las columnas de piedra. Miró un rato el jardín y luego el rostro de Sonia, iluminado por una alegre sospecha.

—Croa una rana en la fuente —dijo Nicolás—, los ciruelos están maduros y hay, —con dificultad lo dijo— hay alguien que juega a la pelota frente a tu balcón.

—Es él, estoy segura. ¡El abate juega a la pelota!

—¿No podría —preguntó Nicolás, acezante— tratarse del Capitán… tal vez la señora condesa? —Nicolás tomó entre sus manos el vuelo de la falda señorial—: ¡No vayas, ama! —rogó, procurando alcanzar el borde de un zapatito.

Sonia se volvió a mirarlo, arrodillado sobre las losas de la terraza con su vestido apretado como un trofeo contra la camisa ligeramente sucia. Lo miró larga y gravemente, hasta que el hombrecito bajó la cabeza.

—¿Qué has dicho? —preguntó luego distraída, apartándolo suavemente con el pie.

Cuando la figura blanca y amable de Sonia desapareció entre las plantas, Nicolás se irguió en toda su altura —lamentablemente exigua— y carraspeó con la mirada puesta en un punto intermedio entre el cielo y la tierra.

—Señores —dijo, atusándose el bigote por desgracia poco insolente— señores, os preguntareis, sin duda, qué hago yo aquí.

Nicolás sacudió la cabeza en una pausa dramática y se estiró al máximo sobre la punta de los pies, suspendido casi del aire, arrastrado por la fascinación de su oratoria. Permaneció allí un momento, balanceándose, antes de caer ruidosamente sobre las losas. Yo también me lo pregunto —secreteó con la cara aplastada por el peso conjunto de la luna, una pelota y su contrariado amor.

—No obstante —y su índice se irguió con cautela; su índice, que en este trance se levantaba en representación del esqueleto maltrecho— ella regresará. Y cuando ella regrese, yo estaré aquí, porque no puedo moverme. Y si no puedo moverme, no es por causa de mal funcionamiento de mis piernas, porque hasta hace poco, si mal no recuerdo, funcionaban muy bien. Me conducían (mis piernas) de un lado a otro, lo que no quiere decir nada, porque maldito si puedo recordar uno solo de los lugares a los que estas piernas me hayan conducido. Tal vez se tratara de lugares a los que no quería ir. Quizás se trate, como ella ha dicho, de que soy muy distraído, y durante treinta y cinco años he confiado a mis piernas una misión que no les correspondía, ya que las interrogo y no responden ni de lugares ni de intenciones.

Rodando suavemente por la terraza, Nicolás se atravesó en la entrada del dormitorio y, cara a las estrellas, continuó en tono de conversación:

—Pero desde que la encontré a ella, es decir, desde que me veo sujeto a este estado, la exagerada sensibilización —Nicolás tropezó, pero siguió adelante en seguida, prendido del hilo fascinador de su discurso—, sensibilización, sí, de mi cerebro.

De pronto, enmudeció. Se encontraba, en verdad, solo. Estaba solo. Los pájaros no cantaban, las ranas no croaban, el jardín no se veía. Con lo que quiero decir que sólo el semicírculo de la terraza flotaba para él, como suspendido en una negrura definitiva, sin límites. Las lágrimas rodaron por las mejillas del hombrecito. Todo su cuerpo se erizó como si se hubiera encontrado desnudo en su gallinero (¿por qué, para qué, había tenido alguna vez un gallinero?) en una noche de invierno. Un olor potente —aunque imaginario— a feto de pollo y estiércol de vaca, ocupó por un momento toda la extensión o capacidad de su nariz. Pero desapareció en seguida. En su cabeza desfilaban imágenes antiguas, pero con cierta continuidad ahora, como encuadrándose dentro de una explicación completa, de una completa significación. El hombrecito sintió que algo en él se elevaba, vale decir, tomaba altura por encima de su pobrecito cuerpo mortal, sujeto a pasiones y malentendidos, fiebres y piojos.

—Ese gusano insignificante que desde el cielo miro como la miraría ella, soy yo. Segmento pardo, ceguera parcial, vómito polvoriento, fealdad brutal, sin duda, la mía. Ella es los pastos que me ocultarán hasta a mí mismo. Porque una sola de sus miradas, aunque no sea a mí a quien mire, es suficiente para darme una idea clara del lugar que ocupo en el mundo. Y al fin es un lugar, aunque no sea el mejor de todos (y el hombrecito pensó en el Capitán equivocándose sin saberlo). Desde aquí, veo, soy iluminado, es decir, por su cercanía y su blancura. ¿Y quién me ha puesto dónde estoy, sino ella? Me ha adquirido. Formo parte de su estado o posesión. Le pertenezco, y si ella no hubiera decidido por mí, si no se hubiera erigido en intérprete de mis intenciones, yo estaría ahora en cualquier otra parte, en algún lugar del

que mis piernas no conocerían el nombre —y aquí se detuvo Nicolás a escuchar los tonos bajos de un mochuelo que anidaría sin duda bajo el alero del tejado. Concluido el cual canto, regresó en cuatro patas al almohadón que se le había preparado a los pies de la cama, sin conceder una sola mirada al jardín.

La noche canta, Nicolás, junto con el mochuelo y los gansos de estanque largo. Canta alrededor del almohadón y sobre el jardín, donde Sonia y el abate han terminado de jugar a la pelota, después de haber intercambiado en voz baja una corta serie de otras proposiciones, a saber:

—Buenas noches, abate. (Entre una y otra evolución de la pelota).

—Buenas noches.

—Abate, ¿puedo darte un beso? —casi suplicante, señalando la mejilla enrojecida.

—No.

—¿Quieres tú darme uno? —con una sonrisa tierna y tolerante.

—No.

—¿Quieres arrojarme la pelota y que yo te la devuelva? Es decir, ¿te gustaría jugar conmigo a la pelota?

—Bueno —con un breve encogimiento de hombros.

Como consecuencia de esta conversación, Sonia corrió en sentido opuesto al punto ocupado por el abate, apartándose a unos cinco metros. Desde allí, lo único que en verdad veía era la pelota, y eso recién a partir de la mitad de su trayectoria, cuando se encontraba en el punto más alto de su recorrido. Un momento después, la recibía en sus manos con un golpecito seco, procurando encontrar con sus palmas el calor de aquellas otras; para devolverla un instante más tarde con un suspiro que, no lo dudaba, llegaría al otro

extremo tan rotundamente como ella (es decir, la pelota).

Saliendo al jardín después del desayuno, el Capitán se orientó entre las flores, saltando de una enredadera de buganvillas a una mata de jazmines; de las hortensias a las rosas, como un insecto vagamente fatuo y perfumado, buscando entre las plantas la cabeza rubia y enjoyada de la condesa. Su instinto —consideró— no podía engañarlo. A esa hora del sol y a las puertas de la primavera, Luisa tenía que estar necesariamente en el jardín, o al menos en el parque, bajo aquellos árboles fatigados y dignos, soporte y evidencia de varios siglos de riqueza o, lo que es casi lo mismo, apariencia de ella.

Al Capitán se le había metido en la cabeza que era *absolutamente necesario* explicarse ante su amiga. Y así, mientras buscaba, mascullaba: ¡Absolutamente necesario!, olvidando que hacía por lo menos tres años que se explicaba cada vez que tenía una ocasión, sin haber conseguido que Luisa se compadeciera de él, tal vez (y esto no se le había ocurrido) porque se explicaba demasiado. Era una cosa infernal —reflexionó, al tiempo que se orientaba hacia el pinar— desear a una mujer de esa manera salvaje y no obtener más que pretextos y dilaciones. Alexei llamaba «pretextos y dilaciones» a la franca repulsa de la condesa, porque su posición en el mundo (o lo que él creía su posición en el mundo) no le permitía aceptarla. El desdichado militar carecía de imaginación, detalle que le impedía conciliar su uniforme y su tiro inglés con un fracaso amoroso. Es más, no sólo no conciliaba, sino que además pretendía, porque creía estar en situación de hacerlo. Después de todo, tenía sólo 38 años. Era, en consecuencia, joven, bello y tenía un excelente futuro. La próxima guerra le traería con seguridad un

ascenso (Alexei pertenecía a la clase de militar obtuso que no sabe sacar partido de la paz) y, en fin… ¿por qué no había ella de amarlo?

—¡Ah, finalmente! —rugió, abalanzándose sobre el extremo de una sombrilla lila que giraba caprichosamente entre las plantas. La condesa dio un respingo, sobresaltada, y recuperó de un tirón el uso exclusivo de su parasol.

—Buenos días, Alexei. ¿No le parece demasiado temprano para iniciar un ataque?

Luisa hizo una mueca de saludo y cerró la sombrilla, dispuesta a utilizarla como correctora de los —¡ay, tan poco sutiles!— entusiasmos de su huésped.

Porque Luisa sustentaba la opinión (no del todo desencaminada) de que, habiendo llegado a la feliz edad de cuarenta años, podía permitirse decidir sobre el uso (inmediato o mediato) de su cuerpo, y lo que había decidido con respecto a Alexei lo condenaba (pobre ciego) a la continencia. Luisa prefería con mucho su manejo de la situación y de los humores vitales de su amigo a una sumisión que —lo sabía— terminaría por aburrirla, sobre todo teniendo en cuenta que *ya* estaba aburrida. Habiendo decidido divertirse, por el contario, se complacía en torturar el perecedero cuerpo del Capitán a cambio de los estremecimientos (por otra parte poco interesantes) de su alma inmortal.

—¡*Es preciso* que nos veamos a solas! —aseveró Alexei.

—¡Estamos solos! —declaró Luisa, solemnemente.

—¡Cruel! —espetó Alexei, procurando poner en el calificativo reproche y ternura a un tiempo y colocándose de medio perfil, de modo tal que luciera la estupenda línea recta de su nariz. Nariz que lo enorgullecía casi tanto como su precioso

apéndice masculino, y a cuya prominencia dedicaba cuidados algo exagerados, ocupándose (como una meretriz coquetona) de que no enrojeciera por efectos del sol, ni brillara demasiado por la noche. Mientras permanecía allí, prendido a la idea de su propio encanto viril, vio a Sebastián que, desembocando de la alameda, se dirigía en línea recta hacia ellos. La contrariedad que esta aparición le produjo estuvo a punto de derrumbarlo, pero consiguió mientras con un costado de la boca, urgía:

—¿Y bien? ¿Cuándo?

Alzando la voz para que alcanzara las lindas orejas del abate, Luisa respondió con desenfado.

—Venga a cenar conmigo a mi gabinete esta noche, Alexei, y examinaré, es decir, volveré a examinar, sus proposiciones —y tendió al abate su mano con la palma hacia arriba, caricia que adoraba, porque le permitía rozar la boca del niño, que se inclinó gravemente con las mejillas enrojecidas y Virgilio asomando por el bolsillo de su chaqueta.

Sofocado, ardiendo, sin decidirse a tocar ni siquiera un brazo de su amor, el Capitán preguntó, anhelante:

—Querida, ¿puedo esperar?, y clavó inmediatamente los ojos en el ascua del hogar, como si la respuesta —riente, mordiente— estuviera allí.

La condesa lo miró por encima del hombro, ocupada al parecer en acomodar una y otra vez los objetos sobre la chimenea.

—Mi querido Alexei —respondió con gravedad — ¡nos conocemos hace tanto tiempo! Mucho más —recalcó, volviéndose— del que conviene a mi coquetería. Me temo —prosiguió, paseándose de un lado a otro— que tu presencia, tu mera presencia ya me resulte fatigosa. Además, somos…

¿cómo lo diré yo?… algo maduros para estas cosas. Me niego categóricamente a hacer el indio entre las sábanas, y menos aún contigo —y entonces lo miró de lleno.

—¡Pero yo te amo! —gritó roncamente el Capitán con su mejor voz de director de maniobras.

La condesa escogió una uva de una fuente de cristal y la hizo estallar entre los dientes. Mirándolo, siempre mirándolo.

—¡Qué disparate! —dijo luego tragando la pulpa suave.

—¡Sí, sí, te amo! —continuó Alexei, enardecido — y mataré al asqueroso bastardo causante de tu… tu indiferencia… ¡tu crueldad, diría, sí, crueldad!

—Y vamos a ver, ¿quién es ese asqueroso bastardo merecedor de tus esfuerzos gimnásticos, Capitán? ¡Contésteme entonces! —exigió la condesa, irguiéndose con frialdad.

Dos segundos después, Alexei estaba en el suelo, esto es, a los pies de la condesa, dispuesto a morder, aderezar, tragar hasta la más pequeña mota de polvo de la alfombra.

—¡Oh, perdón, perdón! —gimió, olvidado de sí mismo hasta el punto de erizar sus bigotes con una mezcla de lágrimas y frotamientos.

La condesa se dejó caer en un sillón.

—Usted me agota, amigo mío, con sus persecuciones. Vamos a ver, ¿qué demonios le ha dado? Tiene usted una amante encantadora; yo, por mi parte, soporto, en honor a nuestra vieja amistad, el aburrimiento infinito de su conversación poco ingeniosa. ¿Qué más quiere? Venga —le sonrió, tendiéndole una mano—, puede besarme un poco si eso le complace.

De rodillas, mudo de felicidad (o de terror; lo único claro es que esos extremos producen una

suspensión de los sonidos), Alexei besó la mano que Luisa le abandonaba como un objeto que no fuese, en verdad, de su pertenencia. Luego, besó la muñeca por la parte de adentro, encaprichándose súbitamente con el reconocimiento frágil y azulado de las venas, el cual decidió remontar con su lengua hasta su origen; esto es la axila. Pero una vez llegado allí, tan cerca del pecho suave, aunque algo maduro ya, no pudo resistir el impulso de deslizar la lengua por debajo de la seda incitante tratando de alcanzar el pezón que se adivinaba oscuro un poco más allá, siempre un poco más lejos. La condesa tuvo la astucia de ponérselo en la boca sin parecer que lo hacía, con un movimiento casual del hombro que dejó a Alexei en posesión de ese redondo terreno algo áspero, lo que le produjo un temblor acusado, dejándolo indefenso para el paso siguiente. Porque en rigor de verdad, puedo decir sin exagerar que el Capitán había perdido la cabeza. En consecuencia, cuando un segundo más tarde Luisa se puso de pie con un enérgico movimiento de talones, él quedó allí tirado, mirando vagamente a su alrededor como si estuviera buscando algo.

Implacable, la condesa comió otra uva y se ajustó el peinador. Y como quiera que, en ese mismo instante, el reloj comenzó a dar las doce, agitó la campanilla llamando a su doncella, que entró con sospechosa rapidez y las mejillas enrojecidas.

Volviéndose hacia el Capitán, que desempolvaba las rodillas de sus pantalones, Luisa dijo:

—Hasta mañana, amigo mío —y pasó sin más a la habitación contigua, donde el abate se entretenía con un novedoso juego de ingenio, consistente en una tablita con 35 agujeros y diversos pequeños dardos.

Luisa lo abrazó.

—¿Todavía no te has acostado? —protestó débilmente.

—Quería darte las buenas noches —la mirada límpida y terrible del niño se clavó en la boca de la condesa.

—Bésame, pues —le dijo ella, ofreciéndola.

Vacilante, el abate posó sus labios ardientes en los labios frescos y sonrientes de la condesa.

—Buenas noches —suspiró luego, abandonando los darditos al azar sobre una mesa. Y, caminando despacio, fue a encerrarse en su dormitorio, donde se aplicó concienzudamente a la lectura de su Virgilio.

El Capitán, mientras tanto, llegó a su habitación en un estado de agitación febril, que lo obligó a romper —en forma sucesiva y totalmente deliberada— un jarroncito, un espejo pequeño y un orinal de porcelana, mascullando a un tiempo, ¡la odio!, ¡la odio!, olvidando el infeliz que algunos minutos antes musitaba con el mismo ardor ¡la amo!, ¡la amo!, ¡la amo! Lo que no puede ser más lógico.

El caso es que después de patear en todas direcciones los trozos de orinal esparcido a sus pies, le vino a la cabeza la absoluta convicción de que, si no hacía algo en seguida, explotaría. De modo que se arrojó fuera de la habitación, con tanto ímpetu y buena fortuna que fue a dar en la de enfrente, vale decir, en la habitación de Sonia, que descansaba en un diván con las mejillas arreboladas. Nicolás, por su parte, se deleitaba en la contemplación de su ídolo que, indiferente, se deja a mirar sin decir nada.

El Capitán se plantó frente al diván. Tembloroso y haciendo una mueca de dolor, dijo:

—¡Sufro mucho!, -y se dejó caer en el borde aterciopelado, junto al muslo sudoroso de la

señorita, que lo miró con su acostumbrada impavidez.

—¿Es una muela? —preguntó luego.

—¡Es el corazón! —respondió Alexei, poniendo los ojos en blanco y sintiendo (en medio de la profunda compasión que su caso le inspiraba) que estaba en efecto a punto de morir. Sonia se incorporó espantada.

—¡No irás a morirte aquí! —suplicó.

—¡De amor, sí!

—¡Ah! —exclamó Sonia, tranquilizada.

—¡Oh! —se dijo Nicolás en un susurro.

Sonia se incorporó, adoptando una expresión práctica. Tenía en ese momento todo el aspecto de una enfermera a punto de producir un dolor horrible, con las mejores intenciones del mundo.

—¡Eh, eh, eh! —arrulló, acariciándole la cabeza—. ¡Te ha rechazado!

—¿Quién? —saltó el Capitán, impresionado.

—¡La condesa, pues! ¿Quién si no? —insistió Sonia con una sonrisa cada vez más dulce.

—¡Sálvame! —se le ocurrió decir a Alexei, arrojándose a su cuello como si fuera a morderla.

—¡Ay! —dijo Nicolás, y se puso de pie, fascinado por el espectáculo del Capitán que abrevaba, por decirlo así, entre los pechos de Sonia.

Nicolás dio un paso hacia adelante. Su corazón (que gozaba de los mismos atributos que el corazón castrense) estaba en llamas. Su cabeza, en cambio, parecía de hielo.

—Lo mataré —se dijo tranquilamente—, y avanzó un poco más. Pero, a medida que, paso a paso, se aproximaba al grupo (inquietante) formado por la señorita y Alexei, su impulso asesino empezó a transformarse en una turbación de especie desconocida, una suerte de rabia sin rabia; un furor, en suma, que se originaba en su

estómago y de allí irradiaba a otros lugares. El rostro de Sonia, ligeramente sudoroso y como entreabierto, aparecía como una flor por sobre el hombro del Capitán; y esa cara era tan bella, tan blanca y turbadora y laxa, que el hombrecillo sintió a su pesar que su miembro se erguía —lenta pero implacablemente— y, cuando llegó a ellos, nada quedaba del primitivo impulso de ofensa y muerte. Sólo había, en verdad, un deseo salvaje, casi insoportable, de abrazar, apretar, *poseer* ese rostro.

Sonia lo miró, tendiéndole la mano derecha, y acariciando con la izquierda el cuello enrojecido de Alexei, mientras emitía sonidos consoladores, tales como:

—Ya, ya, ya. Vamos, vamos, vamos, etcétera.

Tomó, entonces, su mano y le dijo:

—Ven Nicolás —acomodándolo sobre su pecho libre.

Fascinado, Nicolás permaneció tendido allí, temeroso de decir algo que pudiera arruinarlo todo y mirando con un resto de prevención la cabeza abatida del Capitán de húsares que, no obstante, ya no le parecía tan terrible como cuando la miraba de abajo, esto es, hallándose Alexei bien plantado sobre sus pies. Se quedó allí, decía, hasta que captó un casi imperceptible cambio de ritmo en la respiración de la señorita, que acariciaba ahora su espalda y la del Capitán con los ojos cerrados y la boca anhelante. Alexei se inclinó sobre esa boca, lamiéndola dulcemente y deslizando una mano por la comba del vientre de Sonia, hasta apoyarla sobre el sexo con una presión exigente. Sonia apretó la cabeza de Nicolás contra su pecho y desatando los lazos del vestido le ofreció un pezón sonrosado y erecto.

—Chúpalo —le pidió, muy seria.

La mirada de Nicolás se encontró con los ojos

atentos y algo espantados del Capitán que, al parecer, acababa de notar su presencia. Por un momento, el hombrecito sintió una contracción de miedo, pero sostuvo —inmóvil— la mirada de Alexei, y acabó por tranquilizarse pensando que siempre estaba a tiempo de matarlo, si la ocasión lo exigía, aunque rogando, también, que eso ocurriera —acaso debiera ocurrir— un poco más tarde.

Se encontraban, los tres, en una situación a un tiempo comprometida y lejana, como si sus gestos —cuerpos y palabras— les sucedieran, en cierta forma, por procuración. Pero también había —cada vez más a medida que pasaban los minutos— una suerte de concentrada colaboración. Cada uno de ellos (¿pero quiénes eran ellos?) procuraba adivinar, adelantarse al deseo de los otros, satisfacerlo satisfaciéndose. Atrapados en un mareo casi ensordecedor, sabían que actuaban, pero no sabían (no sabían) el nombre exacto de quienes llevaban adelante la acción. Y lo que en un principio había sido una situación en cierta forma clara —dos hombres y una mujer— se transformó imperceptiblemente en un sofocante e intenso vacío de placer, donde se movían tres cuerpos sin precisa y definitiva identidad. Este embudo amenazaba tragárselos (o al menos esto es lo que pensaba cada uno, perdido en su activa soledad), lo cual no hacía más que lanzarlos frenéticamente por encima de sus bordes, reclamando, tentando ese olvido pavoroso. Y es así cómo, al amanecer, estirada sobre la alfombra, desnuda, fresca y como recién lavada, Sonia murmuró:

—¡Oh, quisiera morirme! —y lo dijo con una sonrisa distendida y abierta, muy joven y sin ulterioridades.

El hombrecito, sin ropas, era casi hermoso.

Delgado y enjuto.

—Yo también —dijo— quisiera morirme.

Y de todos ellos él era, tal vez, quien lo deseaba más ardientemente.

Alexei, en cambio, se puso de pie con un gesto brusco.

—Yo —aseveró— hubiera preferido morir un poco antes de ahora.

Volvían, de pronto, a ser tres gestos precisos. La luz mezquina de un amanecer lluvioso no restituía los rostros, sino las funciones; no bautizaba, condenaba: una señorita, un caballero, un esclavo.

Retirándose a lo más oscuro de la habitación, Nicolás sufrió el golpe de este conocimiento, que lo sumió en una desesperación infinita. Permaneció acurrucado largo rato, con los ojos fuertemente apretados, sin ver (sin querer ver) nada, hasta que, como un relámpago, una idea se abrió paso en el lodazal de su padecimiento: «Yo, se dijo, soy el único que ha elegido. Yo sé de ellos todo lo necesario, mientras que ellos nada conocen. ¡Yo tenía una vida distinta, yo era otro, antes de ser este!», y entonces abrió los ojos.

La señorita estaba sola; es decir, el Capitán se había marchado sin un ruido, sin una palabra (aunque, con respecto a esto último, Nicolás no hubiera podido jurarlo, tan abstraído estaba en meditar y perfeccionar su recién descubierta libertad). Adelantándose, todavía desnudo, ofreció a Sonia su brazo para conducirla al lecho, donde la dejó por fin, cubierta y casi dormida. Luego, sentándose en el suelo, se puso suavemente a silbar.

«En definitiva, soy un cuerpo sólido, una completa identidad. No hay confusión alguna en todo esto. Porque, si bien atravieso diferentes personas, por así decirlo, todas vienen por fin a

reunirse con este receptáculo único, continente de todas las posibilidades. Mis posibilidades, claro. Y a cada uno le pasará lo mismo, supongo, sólo que ella no lo sabe, creo. ¿Acaso lo sabía yo hace apenas unos días?».

Nicolás gozó por un momento con la idea de su superioridad (o lo que él consideraba tal) sin comprender que, si bien el pensamiento es, en cierta forma, todopoderoso, lleva en sí la imperiosa necesidad de una renuncia. Lo que Nicolás no pensaba, era en el origen o causa de tanta idea como las que súbitamente le venían a la cabeza, después de más de tres décadas de completa inocencia. Inocencia que, ahora, le parecía despreciable, porque no alcanzaba a considerarla como lo que era: es decir, revolucionaria.

Él creía, pobre alma, haberla perdido.

7

Llovían penas. Picudas, estrelladas, elongadas, gordas penas que sin estallar rodaban por las piedras del jardín o sobre el cristal, marco complaciente del rostro redondo, blanco, purificado por una pena perfecta.

Vista desde fuera como la vio el abate, que regresaba a paso lento desde el pabellón —indiferente a la lluvia y aun a la calidad de esta lluvia particular—, no podía decirse si el agua rodaba afuera o adentro, entre los ojos y sobre la curva tártara de los pómulos. Si no rodaban, tal vez, las penas, desde su corazón como una fuente.

Sea como sea, el alma joven del abate nada quería saber de fuentes, del esfuerzo perverso por obligar al agua a seguir un curso ascendente e iluminado, antes de derramarse en una traviesa elipse de fragmentos brillantes, pero ya no como agua —natural o sacralizada—, sino como juego voluptuoso y deliberado, como propuesta.

Esta propuesta de las fuentes se le escapaba, habituado a aceptar el afuera como un todo rotundo y en orden, con el empolvado misterio de lo indiscutible y necesario. Lo que él veía era la cabeza amable y desordenada de una mujer recién levantada, con el espeso cabello negro anudado en la nuca y algunos bucles rebeldes que se

aventuraban sobre la crema de la frente y las mejillas. Y aunque los tenía ante sí, los bucles significaban tan poco como las fuentes y apreciaba más bien la dignidad de un conjunto que la osadía de los pequeños detalles.

¿Y ella?

Un fuego de leños chisporroteaba a sus espaldas, envolviéndola como otros brazos cálidos y dispuestos, tocando la cintura y las corvas que se abandonaban bajo la seda a esas lenguas que no demandaban. Que acariciaban sin pedir retribución, portadoras como eran de todo el calor. Afuera, no buscaban nada las llamas ricas y brillantes, que rodaban en sí mismas con pequeños chasquidos, puntas de luz, dedos del madero que las alimentaba derramando perfumes.

Se encontraba, ella, como salvajemente seccionada en dos en sentido longitudinal, porque, si bien la nuca y la cintura y los muslos ardían, los pechos, el vientre y el rostro enfrentaban la magnífica frialdad del cristal apretado contra la lluvia y las brumas de la mañana apenas inaugurada. Y todo ella era fuego y hielo a un tiempo: y el frío y el calor, el pudor y las caricias, se mezclaban en su corazón y en sus entrañas, despertando un sentimiento único pero complejo, devorador, torturante. ¡Oh, amor! Su rostro delgado y vivaracho, todo castaños y carmesí en las mejillas y en los labios, y la boca desdeñosa y apretada hacia arriba como la de un silfo. Y esa boca, que articula dogmas y plegarias, nunca será arrebatada, sin embargo, de este ardiente mundo de carne. Aunque él no lo sepa todavía, y obligue a sus manos de niño largas y descarnadas, a colgar a los costados del traje, como si las creyera verdaderamente destinadas a las labores pías de los servidores de Dios. ¡Oh, amor!, porque esas manos jamás podrán levantarse sin condenar a

quien las mira, sin arrojarlo —arrojarla— a un mundo erizado y tembloroso como el revés del terciopelo; a un mundo de adolescentes desnudos, casi informes todavía, pero apuntando a los resplandores de una forma perfecta.

Sus miradas se encontraron en ese punto, se abrocharon en lo que a Sonia le pareció un espacio infinito, un llano en el tiempo, por el revés de la lluvia. En el jardín, todo temblaba verdes húmedos, vahos primaverales bajo las aguas tiernas. Era el tiempo del despertar de las flores, y pronto aquello sería una masa de colores y zumbidos, olores empolvados del sol y aire reverberante. Pero su particular estado de ánimo rechazaba la idea de este florecimiento. Su alma se volvía instintivamente a los matices del gris y del oro, como la luz que besaba destellos de cobre profundo en la cabeza del niño.

El chasquido indecente del picaporte estableció la realidad del desayuno. Sonia se apartó de la ventana, dejando caer las cortinas, para encontrarse mirando el brutal belfo negro del café que se agitaba en pequeñas ondas de espesura caliente.

La señorita era partidaria de la actividad, de modo que —sacudiendo la turbación que su amor le procuraba— pasó, esa misma tarde, a una enérgica ofensiva. Había observado que Sebastián tenía por costumbre tomar el té en la biblioteca, de modo que allí fue poco después de las cinco, encontrándolo, como había previsto, solo.

—Buenas tardes, abate. Tienes ánimo para leer el latín, según veo —dijo Sonia, dejándose caer a su lado en el diván y extendiendo su pequeña mano sobre el comienzo del libro IV de la *Eneida*.

Sebastián hizo una mueca.

—*Aequo animo!* —respondió luego, la mirada fija en el libro; esto es, en la mano, como si tratara

de horadar la carne para acceder al espacio de su complacencia.

Sonia recurrió entonces al semienterrado latín de su infancia, dispuesta a mantener la conversación en cualquier terreno que esta se plantease. En consecuencia, y mientras se servía el té, dijo:

—*Ars longa, vita breve* —procurando, aún entonces, conducirlo a la idea de su cuerpo que, palpitante y delicioso, ardía ante la afortunada conjunción de la intimidad, la primavera y Sebastián.

El niño se encogió de hombros.

—*Labor omnia vincit* —sentenció, tratando de evitar la plumosa invasión de encajes del traje de la señorita.

Sonia juntó las manos y le lanzó una mirada de súplica:

—*Audi alteram partem, abate. Carpe diem*.

—Detesto a Horacio —informó él con petulancia—. *Debellare superbus*.

—*Superbus?* —canturreó Sonia, inclinándose sobre la mejilla aduraznada y posando en ella un beso.

Sebastián enrojeció, mirando de soslayo el rostro inclinado de la señorita, que jugueteaba ahora con los rizos de su nuca. Luego realizó una inspiración profunda y volvió hacia ella su severo rostro de niño triste.

—*Maxima debetus puero reverentia —recordó, con su voz alta y pedante—. Noli ne tangere*.

Sonia adoptó una posición más circunspecta y suspiró.

—*Non omnia possumus omnes* —dijo, después de un momento de reflexión. Y prosiguió inspirada —. ¡Pero *omnia vincit amor*!

—¿Amor? —Sebastián rio con la impiedad característica de los niños—. *Paulo majora*

canamus.

—¿Tú no amas? —preguntó Sonia, que no había comprendido, y tomó entre sus manos la cabeza inclinada sobre el libro.

—¡Oh! —murmuró la señorita, sonriendo pensativa—. *Ex nihilo, nihil fit*.

Sebastián la miró, asombrado por lo que le parecía una ingenuidad.

—*Varium et mutabile!* —se dijo luego—. *Mirabile visu!*

—¡Escúchame abate! —pidió Sonia, dejándose caer a los pies del niño y abrazando sus rodillas—. ¡Yo amo!

Sebastián se revolvió inquieto, sintiendo que, a su pesar, comenzaba a gustarle todo aquello. No obstante, clavó la mirada en un punto lejano, y tratando de no prestar atención a la turbación producida por los pechos redondos de Sonia apretados contra sus piernas, esbozó un gesto despectivo.

—*Stultorum infinitus est numerus* —dijo cruzando los brazos contra su pecho y adoptando un aire adusto.

—¡Sí, te amo! —insistió Sonia, a quien se le escapaba la mitad de las palabras, y que estaba lo suficientemente conmovida como para no advertir que a él le pasaba lo mismo. Es más: no sólo no advertía, sino que lo que él decía la fascinaba hasta el punto de creerlo infinitamente superior a ella en sabiduría. De modo que, mientras Sebastián permanecía silencioso, procurando encontrar una frase demoledora, Sonia murmuró entre lágrimas.

—*Gaudeamus!*

El abate se levantó de un salto, con tanta violencia que Sonia cayó boca arriba sobre la alfombra.

—*¡Culpa, culpa!*, —dijo Sebastián, sombrío.

—*Felix culpa*, amigo mío —respondió Sonia, a quien esta frase le había salido naturalmente. ¡Tan consubstanciada estaba con sus pensamientos íntimos!

—*Cui prodest?* —preguntó el abate, mirándola, tendida sobre la alfombra.

Sonia le sonrió, tendiéndole los brazos.

—Puedo date placer, abate —le dijo, acariciadora.

Esto era demasiado para Sebastián que sintió que se le nublaba la vista; o mejor dicho, que se esfumaba todo, salvo la visión blanca y radiante del cuerpo de Sonia sobre la alfombra. Es más: no sólo se le nubló la vista, sino que —aterrado— creyó observar que sus rodillas se doblaban, temblorosas como después de una larga caminata. Y estaba a punto de caer junto a Sonia, cuando esta cometió un error, producto de su alegría al observar la nueva disposición del abate.

—*Gutta cavat lapidem!*, —dictaminó la joven, sonriendo con entusiasmo.

Sebastián se irguió, herido en lo vivo por esta exposición de sus debilidades profundas. Súbitamente, todo volvió a ponerse en su lugar. El abate se inclinó, pero fue sólo para coger su Virgilio con la mano izquierda, mientras tendía la derecha a Sonia, que se puso de pie en silencio.

—*Sustine et abstine* —dijo el abate, mirándola, por primera vez, a los ojos— *Acta esa fabula* —y salió pensativo del salón.

Sonia se desplomó sobre el diván, entristecida.

¡Qué desgracia, amar el latín sin ser correspondido! Tomado un cuerpo, deseado per desdeñoso, la imposibilidad de tocarlo más allá de sus bordes, arroja al amante a la impotencia de la agonía y de la muerte.

Mecida por la desolación, la señorita iba hundiéndose en la penumbra algodonosa del

sueño, cuando ciertos crujidos de seda y un suave aroma de lilas la hicieron abrir los ojos. La condesa la miraba desde su altura fragante, con una expresión indefinible en los ojos y en torno a la boca.

—¿Lágrimas? —preguntó Luisa, señalando el rubor febril de las mejillas de Sonia y su traje desordenado—. ¿Tienes penas, acaso? ¿Qué le ha dado hoy a todo el mundo? —se dijo luego, sentándose en el borde del diván—. Acabo de cruzarme hace un momento con mi señor sobrino, que tenía el aspecto de un perro apaleado.

—¿De veras? —inquirió Sonia, incorporándose —. ¿Y por qué?

La condesa se echó a reír. Luego señaló las mejillas de Sonia.

—¿Acaso es él el culpable? —inquirió, con ese modo irresistible que tenía de acorralar a la gente —. Pues sí —continuó—, me he cruzado en el pasillo con Sebastián, que ha murmurado no sé qué incoherencias. Algo así como «*vivit sub pectore vulnus*», lo cual, si no me equivoco (y la condesa clavó los ojos en los ojos de Sonia) quiere decir que es bajo el pecho donde reposa la herida, ¿no es eso?

—Es Virgilio —contestó Sonia, hipnotizada. Una idea terrible acababa de cruzarle la cabeza, dejándola estupefacta—. ¿Y le dijo eso a usted?, — interrogó, bajando la vista.

—¡Oh, Sebastián es un jovencito muy particular! —respondió Luisa con ligereza—. Y, ¿quién sabe qué cosas es capaz de urdir un niño? ¡Tal vez esté enamorado! —sugirió, como si se le acabara de ocurrir.

Sonia meneó la cabeza.

—En todo caso, no de mí —aseveró compungida y turbada.

—¡Ah! —dijo Luisa, abrazándola—. ¿Estás

segura?

La señorita asintió juiciosamente y permaneció en suspenso, con la cabeza apoyada en el regazo de su terrible amiga. Transcurrieron unos minutos, durante los cuales Sonia no hubiera podido decir (caso de que se lo preguntaran) quién de las dos sufría más. La condesa estaba algo pálida y, viéndola de tan cerca Sonia advirtió, con el corazón encogido, las ojeras azules surcadas por finas arrugas imperceptibles. La visión de esta ya iniciada decadencia de ese cuerpo tan bello, le hizo venir a la boca una saliva amarga y detestable.

A poco, Luisa salió de su inmovilidad de piedra, agitando la cabeza como para alejar un mal sueño.

—Escúchame —le dijo, tomando entre sus manos el rostro de flor—. Sé honesta conmigo. ¿Te gustaría tener a Sebastián?

La pregunta, inesperada, dejó a Sonia casi sin aliento.

—No comprendo —contestó, prendida en la contemplación de los diamantes que defendían el pecho de su amiga.

—¡Tonterías! —dijo la condesa con severidad, dándole un tirón de orejas—. Eres una señorita acostumbrada al mundo. ¡Por supuesto que me comprendes! Lo que quiero saber —continuó sonriendo pacientemente— es si deseas iniciar a Sebastián en el, ¿cómo decirlo?, ejercicio del amor —terminó, echando la cabeza hacia atrás.

Su cuello, reflexionó Sonia, parecía haberse roto de repente, incapaz de sostener el peso de la hermosa cabeza rubia. La señorita comprendió que esta conversación hacía sufrir a su amiga, y que en consecuencia era preciso despacharla de prisa.

—¡Sí, lo deseo! —respondió entonces ella rotundamente, en un estallido de placer

anticipado.

—Gracias —dijo Luisa, tornando a mirarla con una expresión de alivio—. Es un favor que me haces, ¿comprendes? —prosiguió—. En el último tiempo, este niño no hace más que crearme problemas —y sonrió forzadamente—. Y en verdad estaría más tranquila si abandonara todas esas ideas, —e hizo con la mano un gesto indeciso.

—¡De meterse a la religión! —observó Sonia, que a fuerza de comprender cosas en demasía, se había vuelto brillante.

—Exacto —asintió Luisa, acariciando los bellos hombros de la señorita, que recibió aquellas caricias como una recompensa a su despliegue de ingenio—. De modo que quedamos de acuerdo, ¿no es eso? Esta misma noche hablaré con Sebastián —y la condesa pareció dar por terminada la conversación, de modo que Sonia se puso de pie y fue hacia la puerta.

—¡Sonia!

La voz de Luisa tenía una nota tan peculiar de angustia contenida, que la señorita se volvió asustada.

—¡Con cuidado! —pidió la condesa, con los ojos sospechosamente brillantes y una pequeña mueca que era la sombra de una sonrisa.

La joven juntó las manos, espantada.

—¡Por supuesto! —aseveró, a punto de llorar —. ¡Lo amo tanto!

—Precisamente —convino la condesa con frialdad—. Quiero que lo cures, no que lo mates —y cerró los ojos.

8

Apartando su mirada errática de las llamas que comenzaban a extinguirse, la condesa miró al abate, que se entretenía en trenzar y destrenzar los flecos de su chal, sentado en el suelo de espaldas al calor.

—Es indispensable, querido mío, que cultives el trato de Sonia. Ya verás cómo te agrada luego lo que te fastidia ahora.

Él levantó su traviesa mueca de silfo.

—¿Indispensable para qué, señora?

—Para conducir tu educación por caminos razonables, abate —explicó la condesa, imperturbable—. ¡Quién sabe! Podrías hasta enamorarte.

—¡Jamás podría enamorarme! —aseveró Sebastián con gesto lapidario, dirigiéndole una expresiva mirada.

—¡Disparates! —amonestó la condesa con frialdad. Y agregó, en un súbito estallido de furia —. ¿Quieres, por Dios, dejar en paz mis trapos? ¡Todo lo arruinas!

Sebastián se puso de pie, muy pálido, y le echó una mirada de asombro.

—Nunca te había molestado antes —observó vacilante.

Luisa lo atrajo hacia sí, en un arrebato,

acariciando con dulzura su cabeza. Luego, obligándolo a mirarla, le sonrió.

—Hijo —articuló con claridad—, ¿me darás el gusto de confiarte a Sonia? Ella te ama, lo cual —agregó suspirando— te hará bien. Pondrá las cosas en su lugar, ¿comprendes? No es bueno ni aconsejable que andes vagando por ahí con esa facha de enterrador y leyendo historias que inflaman tu imaginación —Luisa volvió a acomodarse en el sillón, persuasiva—. Hazme caso, hijo mío. Cultiva el trato con las señoras. Todo eso no puede conducir más que a tu bien.

Envarado, horriblemente triste, Sebastián quiso protestar.

—Tú eres una señora —dijo, obstinado.

Luisa lo miró con severidad.

—Esto es verdad —contestó, mirándolo con atención—. Pero también soy tu madre.

El abate enmudeció. En un instante, midió el significado de esta relación que nunca se había mencionado más que en voz baja, y sintió un horror súbito por las implicaciones reales de sus imaginerías. Se enfrentó, repentinamente, con su deseo, puesto frente a sí como un animal ciego y atormentador. La visión ya no era (nunca volvería a ser) placentera y acariciable, sino un vértigo embrutecedor y fascinante, algo que despertaba su cuerpo de manera afectiva y —le pareció— repugnante. Miró a su madre.

—¿Qué es preciso hacer? —preguntó, y aunque Luisa comprendía muy bien los vastos alcances de la interrogación, se obligó a mantenerse rígidamente en el camino llano de la solución que había urdido. En consecuencia, sugirió una visita nocturna al cuarto de Sonia.

—Puedes, por ejemplo, presentarte después de la comida. Ella estará sola —agregó, sonriendo—. Respondo de eso.

—¿Es que le has hablado? —inquirió Sebastián, rojo de vergüenza y herido en su orgullo.

—¡Naturalmente que lo he hecho! —dijo la condesa, ligeramente—. Pero sólo para consolarla —agregó—. Tengo entendido que la rechazaste con cierta brutalidad, lo que me parece mal. Olvidas, creo, que todo puede hacerse, a condición de mantener la compostura.

Apoyándose en el brazo del niño, la condesa suavizó la reprimenda con una sonrisa:

—Ten en cuenta, Sebastián, que es preciso guardar las formas, única manera de servirnos de ellas de acuerdo a nuestros deseos.

Sebastián la escuchaba frunciendo el entrecejo.

—¡Pero entonces —adujo pensativo— es necesario doblegarse, esclavizarse! —e hizo una mueca de desdén.

—Naturalmente —respondió Luisa, con un encogimiento de hombros—. ¿Contra qué, si no, irías a construir tus caprichos?

—¿Pero por qué —insistió el niño— obedecer para desobedecer? No te comprendo.

—¡Ah! —la condesa agitó la mano enjoyada— debes obedecer para sobrevivir, Sebastián; y desobedecer para vivir, esto es, para buscar tu placer. Es tal vez complicado, pero exacto. Todavía eres un niño —murmuró, mirando con ternura la carita afilada y morena—. Ya tendrás tiempo y ocasión de pensar en estas cosas.

—Está bien —aceptó Sebastián, reticente—. ¡Pero ten presente que cedo a la violencia! —le espetó, furioso sin saber por qué.

La condesa se echó a reír.

—Ve a tu cuarto ahora —le dijo, dándole un suave empujón— y prepara tu discurso de mañana. Todo esto —agregó entre risas— si es que te queda tiempo de hacerlo, antes de probar las eficaces medicinas de nuestra querida Sonia.

Cuando Sebastián se hubo ido, la condesa preparó maquinalmente las cremas y perfumes con los que se preparaba para dormir.

—Soy una vieja —monologó, mirándose en el espejo—, una estúpida, inhábil, terrible anciana.

Y abandonando las cremas, se echó vestida sobre la cama, envuelta en una suerte de crepúsculo interno que debía haber estado preparándose —reflexionó— desde mucho tiempo antes, y caía ahora sobre ella como un súbito viento atribulado. A la condesa le castañetearon los dientes y fue durmiéndose de a poco, hundida en esas nieblas.

9

Sebastián tenía el hábito de dormir con las ventanas abiertas, de modo que lo primero que veía al despertarse era un trozo de cielo, con los celajes y nubecitas propios del amanecer y algunos fragmentos de ramas y entrelazamientos de las buganvillas que cubrían las paredes de la casa como un poderoso colchón rosado.

Esa mañana, pues, despertó como tantas otras al alba primaveral, la música incoherente y algo loca de los pájaros y los susurros vegetales del parque. Suspirando, procuró registrar la razón de su desasosiego. Recordaba vagos sueños lívidos, en los que se mezclaba de una manera totalmente impertinente la figura esmirriada y ridícula de Nicolás. El abate frunció las cejas. En su opinión, soñar con Nicolás era algo fuera de lugar. No comprendía que conexión podía haber entre su vida —pura, confortable y elevada— y el repugnante pozo de ignominia de donde, a todas luces, parecía haber salido el hombrecito.

De pronto, se irguió en la cama con espantoso sobresalto. ¡Ah, aquella no era, no podía ser, una mañana como las otras, puesto que esa misma noche (la noche de ese día que se anunciaba tan dulcemente como los otros), él acudiría al cuarto de Sonia!

Sebastián pensó por un momento en salvarse por la enfermedad, sintiéndose tan acosado y descompuesto como si su lecho fuera un madero, y el cuarto, un mar revuelto y furioso. Pasó revista a todas las excusas posibles: influenza, indigestión, desarreglo del espíritu, enajenación, pruritos.

Un minuto después, las dejaba de lado como supercherías indignadas de él y se disponía, como un romano, a hacer frente al destino.

No hubiera podido decir por qué lo inquietaba tanto este paso que iba a dar, puesto que después de todo era un movimiento enteramente natural. Pero sabía no obstante que la idea de yacer con la señorita le daba miedo. Se sentía tímido, renuente. Su virginidad se le aparecía con los más bellos colores, con la seducción de una posesión importante, única. Perderla, se dijo, lo metería en líos. ¡Quién sabe en qué cosas lo obligaría a pensar!

El abate se sumergió entre las mantas, tratando de tomar partido.

«Ahora ella va y me envía a pasar la noche en la cocina. ¡Qué desgracia, no ser un perro o un loro! Porque de esta manera, desde el almohadón o la percha, la vería sin que me viese».

Nicolás sintió un nudo de dolor en la garganta, una garra que sin piedad lo arrebataba del lugar de placer donde había estado apenas media hora antes, mirando el ir y venir agitado de Sonia que parecía no poder estarse quieta esa noche, saltando de la ventana a la chimenea y de allí hasta la puerta, donde se detenía un instante para escuchar, «como si, se dijo Nicolás, estuviera esperando a alguien».

Lo que en definitiva debía ser cierto —reflexionó, resentido— porque en una de sus evoluciones se había quedado de pronto mirándolo con el entrecejo fruncido.

«Y luego, prosiguió Nicolás, va y me sonríe como si estuviera muy lejos de allí y me larga aquello de: —Nicolás, esta noche dormirás en la cocina— con gran tranquilidad, y vuelve al caminar ese y a darse aire con el periódico. ¿Y por qué no ha dejado que me quedase, vamos a ver?», se preguntó Nicolás, que no acababa de digerir toda la dimensión de su infortunio. De pronto comprendió. Por su imaginación pasaron vertiginosamente mil pequeños detalles, trozos de conversación o de conducta, que se resolvían en la figura hermosa y complicada del abate.

Algo se derrumbó en el corazón de Nicolás, que dejó de gruñir, permaneciendo en una suerte de estupor doloroso.

«Ama a ese niño», pensaba, mordiéndose un puño, «¡lo ama!».

Y se escandalizaba como si le hubiesen dicho que la señorita tenía una pierna de menos o dos pares de ojos. La idea de este amor le parecía monstruosa.

«Todo puedo soportarlo», monologaba, «menos esto» —y asentía solemne como un viejo marido de provincias, sentimiento que le deparaba una suerte de consuelo estúpido.

Pero Nicolás no había sido puesto en la cocina para usufructuar de los beneficios de la estupidez. La (para él) afortunada serie de circunstancias que lo habían conducido allí, lo obligaba a pensar sin pausas, como un saltimbanqui haciendo precarios equilibrios al borde del abismo.

Un minuto después, Nicolás se desconsolaba, con los codos puestos sobre las rodillas y la mirada fija en los rescoldos de carbón.

«¿Y por qué no habría de amarlo?», se preguntó. «Es bello, es joven, ¡lee el latín!».

Y este argumento le parecía una explicación suficiente, una justificación para todos los desvíos,

todos los deseos de Sonia.

«Es evidente», se dijo, «que no hay más remedio que soportar esto», y el infeliz se pellizcaba las orejas en una expresiva mímica desesperada. «¡Si ella me amase!», pensó de pronto, iluminado. «Pero no», le contestó de inmediato su endemoniada cabeza, «si ella me amase, no sería ella, sería María Andreievna», y la visión de unas pantorrillas bastas y tostadas lo hizo estremecerse de disgusto. «¿Por qué —se preguntó retóricamente— odio a María Andreievna, que me ama, y amo a mi ama que…? ¡Pero ella no me odia! No, no», continuó, meneando la cabeza. «¡Ni siquiera me odia!», y su desgracia le parecía horrible, insondable, inlevantable. Y tal vez lo fuera.

Aunque pensándolo todo bien —se decía el hombrecito mirando atentamente los ojillos rojos y vivaces de una rata que tenía habitación en un ángulo exterior del fogón—, ¿podía él jurar que se trataba de Amor? ¿Amaba él, o más bien era arrastrado por un vértigo inevitable que nada tenía de amoroso e incluía en su infinito rodar hasta el último hueso, recuerdo, pelo de su vida? Era arrebatado, sí, por un movimiento incansable, un girar desordenado y envolvente que lo sumergía en un espacio ajeno a lo cotidiano, pero al mismo tiempo más real, más colorido que la simple llaneza empolvada de los días. Su cuerpo era objeto, paciente de una revulsión titánica. Las anchas patas de su deseo de aniquilación, pisaban el pobre ámbito de sus afectos, tendiendo a confundirlos, transformarlos en una espesa pulpa de especie desconocida, y lo único que Nicolás percibía como sobrante (¿o consecuencia?) de esta muela atormentadora, era su razón bruscamente despierta, puesta en marcha de manera compulsiva e incesante. Sentía —aunque de

manera vaga— que los acontecimientos que se desarrollaban en lo profundo de su carne, no eran en verdad importantes; no de manera permanente, al menos. Y si en algún momento había sentido su fealdad, su miseria y su obnubilación como una carga, ahora tendía a desentenderse de ellas, oscuramente convencido de que eran los motores reales de su repentino acceso a una esclavitud que amaba, que guardaba como el tesoro más precioso, el estado más justo al que podía aspirar. Su humillación voluntaria (la necesidad de este yugo) venía de tan lejos, tan ajena le era a su conciencia, que su pensamiento no sabía en verdad, dónde colocarla, qué hacer de ella en términos de razón. No se trataba, en consecuencia —se dijo—, de evitar el dolor, sino más bien de sumergirse en él, de hacer de él su amante, la perfecta mitad que terminaba de constituirlo.

Nicolás no deseaba la libertad, pero pensaba en ella. Pensaba en ella precisamente a causa de su incongruencia; y lo hacía en términos de cielo personal, tan carente de atractivos como María Andreievna, a quien le falta un diente. Un cielo poblado de sucias ovejas lanosas, de carros de heno dando tumbos por un camino que no conducía a parte alguna. Un camino empolvado de sol y restos del verano, dos o tres pajaritos grises y roñosos y el paso incesante de los bueyes.

Suspirando, Nicolás alejó de sí toda prudencia. Tendiéndose de espaldas en el estrecho banco de madera, celebró imaginarias nupcias con los fuegos esclarecedores del infierno.

La señorita se quedó mirando con el entrecejo fruncido el almohadón que había ocupado Nicolás. El almohadón vacío parecía querer decirle algo, se levantaba como una pregunta o un reproche. La inquisitiva cara de rata del hombrecito la llamaba —oscuramente— a la prudencia. Sonia la pateó al

olvido. Le parecía que a partir de ese momento, de esa noche que marcaba un comienzo sutil, todo debería concentrarse, apretarse en torno a la carne de Sebastián y la suya. Todo —decidió, como tantos otros en circunstancias parecidas—, toda su vida conducía a ese lugar y esa noche.

Sonia esperaba. ¿Pero qué esperaba?

Creía firmemente en el amor de Sebastián, invirtiendo la situación sin darse cuenta; esto es, sin comprender que la que amaba era ella, y que su amor estaba orientado en verdad hacia sí misma más que hacia Sebastián, de quien sólo chupaba la superficie, como una abeja atolondrada y borracha con los perfumes de la belleza. Puesto que los dos eran jóvenes y hermosos, no había en realidad límites exactos en sus sentimientos hacia ambos. O mejor, era un solo impulso unificador el que la movía, intercambiando las figuras, prestándole a él su deseo y a sí misma el pudor, en una confusión que en nada se parecía a ninguno. La belleza, dueña exigente y cruel, le arrancaba el pensamiento, y la señorita le atribuía a Sebastián el mismo deseo, las mismas intenciones que la animaban. Creía que era su obligación revelarle el amor que él ignoraba sentir, perdido en sueños de niño. Estaba convencida de que su planteo de la situación era correcto y temblaba de placer anticipado, imaginando el momento en que él lo comprendiera así y le confesara su amor en un arrebato de pasión. Porque, para Sonia, cuerpo y alma eran una sola cosa, habituada a no resistir ningún reclamo de su carne o la de otros. Más allá de su sexo y su emotividad confusamente soportada, nada había. En consecuencia, la idea de despertar a Sebastián al placer era equivalente a la de descubrirle el amor. Sonia no comprendía que ella misma era aún demasiado joven, y se equivocaba —y allí había quizás algo meritorio—,

se equivocaba con pasión.

Ni por un momento se le ocurrió pensar en Sebastián aislado, separado de ella como estaba en ese instante, actuando su vida lejos del círculo imantado de su presencia. Sin formulárselo así, tenía la vaga certeza de que el niño existía sólo a partir de su deseo, como un frágil y adorable demonio moreno que despertara sólo a su requerimiento y durmiera en los espacios inanes de su ausencia. Lo cual le impedía advertir la novedad de la situación en que se hallaba, en la cual, en lugar de esperar —como lo había hecho siempre—, se suponía que debía actuar. Su entusiasmo y su ignorancia funcionaban como un rasero, dejándola en la misma situación que el niño. En realidad, esperaba ser tomada, desflorada, arrebatada, y no quería saber que era imposible. Por eso, cuando Sebastián entró sin anunciarse, permaneció inmóvil, mirándolo con una sonrisa que se parecía a la de los muertos. Era la sonrisa blanca de una víctima ofrecida en holocausto, y hubiera resultado efectiva caso de que el abate pudiese experimentarse como verdugo. Pero él, él también era una víctima, o así lo creía al menos y, por lo tanto, también se quedó inmóvil, también la miró, pero sin sonreír. Era una víctima hosca, un sacrificado con ideología. Así que estuvieron mirándose un rato, cada uno perdido en la magnitud de su propia ofrenda, y los dos metros que los separaban eran el foso abierto entre sus expectativas idénticas.

—He venido —anunció por fin Sebastián con sobriedad.

—Has venido —repitió la voz de Sonia como un eco.

Sebastián la envolvió en una mirada despreciativa y comenzó a desvestirse. Recuerdos confusos le cruzaban por la cabeza como cometas

erráticos: —Mesembriantemo, adormidera, datura, dentelaria, hemerocala— se repetía la lista en algún lugar de su cerebro, mientras continuaba desvistiéndose y doblando la ropa con cuidado por sus pliegues naturales, poniéndola en orden sobre un sillón.

Sonia cerró los ojos.

—¡Oh, tócame! —pidió a la oscuridad—, ¡oh, tócame, amor! —y lo modulaba como una canción.

—No quiero tocarte —dijo Sebastián, con la cabeza, sumergido en su desnudez como si esta contuviera una explicación a su espanto.

La señorita cayó de rodillas, y de rodillas se acercó a él con la cara hundida en los hombros. Ella también incapaz de mirar otra cosa que no fueran sus pechos, pero urgida por la necesidad de ser mirada mirando; aguijoneada por la cercanía de su olor, por la percepción de su virilidad.

Sonia alzó los brazos, pero no la mirada, y acarició los flancos de Sebastián, experimentando un sentimiento parecido a la cólera, algo que la ahogaba, la sacaba bruscamente del terreno de la idolatría para ponerla en un bruto lugar de reclamo y urgencia: una región vertiginosa donde sólo esperaba ser penetrada y conmovida, destrozada, golpeada, poseída por fin por ese niño que respondía a sus caricias con la inmovilidad, pero no podía, en suma, controlar lo que estaba más allá de su voluntad o decisión.

Sonia se puso de pie, resignando la visión de su ofrenda de sometimiento a las necesidades del momento. Lo tomó de la mano como si él fuera ciego o tonto y lo condujo al lecho, ayudándolo a tenderse con infinito cuidado, luchando por convencerse de que su atonía y su silencio respondían a un natural sentimiento de vergüenza. Algo muy comprensible en un niño de su edad, se

dijo mientras se desvestía temblando, sufriendo, sin querer aceptarlos, los golpes de una sospecha demasiado catastrófica como para hacerle un lugar en su pensamiento: la idea —difusa, pero terrible — de que Sebastián no deseaba aquello, que había venido quedándose en verdad del otro lado de la puerta, aferrado a una devoción solemne y sin palabras en la que ella no entraba para nada.

Tendiéndose desnuda a su lado, pensó de pronto en Luisa, odiándola con el ciego furor que las hembras se reservan para arrojar a la cara de sus iguales en circunstancias como esa, en que sienten pasar a su lado la imagen envidiada y deseada de la otra, como un límite puesto entre su demanda y la posible respuesta.

Sonia sintió crecer en ella la ira y el deseo y, obligando a Sebastián a enfrentar su mirada, habló. Habló sin reflexionar ni querer hacerlo, escupiéndole su frustración, poniendo en claro la monstruosidad de lo que en él había adivinado.

—¡Amas a Luisa! —le dijo riendo, afeada por el dolor y la cólera—. ¡Amas a tu madre, querrías estar a su lado desnudo, como ahora conmigo! No eres hombre —le decía, acariciando frenéticamente el sexo de Sebastián y tironeándose a veces del cabello en un intento desesperado por no ser arrancada de ese lugar, por recuperarse sana y salva, con el orgullo intacto.

Sebastián la miraba, incapaz de apartar los ojos de su cara, sometido a la violencia de esta verdad que ella le ponía por delante y repetía una y otra vez con la exacta pasión de un látigo manejado por una voluntad impersonal y justiciera. Su sexo erguido temblaba y, sin advertirlo siquiera, la golpeó, derribándola de espaldas sobre el lecho y arrojándose sobre su cuerpo con la misma precisión maniática con que la había golpeado.

Mudo, pálido y furioso, se abrió paso entre sus

piernas, penetrándola con violencia y sintiéndose llegar a un lugar desconocido, que lo atraía y rechazaba a la vez en un movimiento pendular oscuramente presentido y deseado.

Aun entonces, le negó su boca, mirándola desde la distancia prevista por su concentración en lo que pasaba más abajo, en ese otro espacio autónomo, bruscamente liberado de su voluntad. Vio suavizarse y redondearse los rasgos de Sonia, como sometidos a un baño de cera, y cerró los ojos dispuesto a no concederle la visión de su propio placer, negándole la mirada para no darle el triunfo, sin comprender que ella ya no pensaba en eso, ocupada en aquella otra cosa, moviéndose y murmurando palabras que nada tenían que ver con él.

Mirándola a hurtadillas, la supo sola antes de sumergirse él mismo en el abandono, sometiéndose al azar con un gemido y una sonrisa despechada.

10

La noche había terminado. Aquel espacio que ella había pensado (deseado) inconmovible, eterno, se alejaba en el horizonte como un balandro, con el mismo silencio, idéntica armonía. El sol se anunciaba rojo y vulgar, desmitificador, detestable.

Sonia miró a Sebastián, dormido a su lado con la boca entreabierta y las manos largas a los costados del cuerpo. Él estaba igual —pensó—, tan intacto como los días precedentes. Su virginidad invencible, la mueca despreciativa en el entrecejo, el mismo olor a mentas del aliento.

La señorita experimentó un violento deseo de morderlo, comerlo, triturarlo, dejar en su cuello alguna marca bestial y perdurable. Necesitaba con urgencia aplastar, eliminar de una vez para siempre su belleza, ese tesoro que guardaba para nadie, aquello que le había sido negado sin una palabra de piedad. Deseaba morir, arrastrarlo a la aniquilación. Su dolor, alojado en el lugar del vientre, era tan intenso, que esa misma mordedura la obligó, en cambio, a echarse al mundo con la parsimonia de siempre, procurando controlar el asalto enardecedor. Con cautela se deslizó de la cama y se vistió en silencio, luchando —dedos desacostumbrados— con lazos y botones. Y

venciendo el deseo de despertarlo, salió al parque.

Caminaba encogida, doblada sobre sí misma a causa del vientecito frío del amanecer, apresurándose como si tuviera que liquidar algún asunto importante, una cuestión que no admitía retrasos.

El sol se levantaba despacio sobre las hierbas húmedas. Sin saber por qué, Sonia comenzó a correr. Una urraca se carcajeaba sobre su cabeza, agitando los ojos astutos y brillantes. Sin aliento, la señorita se detuvo e interrogó el cielo, apoyada en el grueso tronco leñoso de un haya.

Es el árbol, y se ven al mismo tiempo cada hoja y la masa de las hojas; el árbol moviéndose como una cabeza enloquecida por el terror o la pena. Le pareció que en esa forma imprecisa y no obstante sólida, se encerraba su vida, se meneaban y susurraban los instantes de vida, todos juntos y simultáneamente, porque era tan bello y tan terrible como la mano tierna y admonitoria de aquel padre lejano, de las muertas horas titilantes bajo los candiles o las estrellas. Tan bello y terrible y confuso y vano e inútil como su propio corazón, sobresaltado ahora por el amor, horrorizado por el amor, fatigado, cogido, atrapado en aquello que había dado en llamar Amor. Súbitamente, aquello ya no estaba representado por nada. El abate era una figura, algo en dos dimensiones, una sombra nunca poseída, una idea del placer y la compañía que era exclusivamente suya, fatalmente suya. Algo que llevaba puesto como un sombrero o un broche. Un árbol interno, desmelenado y ausente de pájaros.

Sonia despertó como de un sueño que hubiese durado años. Bella durmiente de un bosque antiguo y gastado por descripciones fantasiosas y exageradas, se descubría viva ahora, o al menos, despierta en alguna zona que siempre había

ignorado. Como un velo, las ramas del árbol concitaban —con su balanceo oloroso— descubrimientos. Y su vida iba y venía con las ramas, escena por escena, dejándola desnuda como nunca lo había estado. Su corazón estaba desnudo, expuesto: una pequeña fábrica de terror que ella no sabía que llevaba en sí. Desnudo como una bandera o una herida. Y Sonia era, por primera vez, consciente de esa desnudez palpitante y horrible. Las lágrimas corrían por su rostro sin esfuerzo, suaves aguas marinas precipitándose sin destino preciso, casi sin justificación. A través del encaje sutil de hojas tiernamente verdes, se veía el sol. Perdida en la contemplación de esos nidos luminosos, Sonia sentía aún el sabor y la textura del cuerpo de Sebastián pegado a su carne. Pero esta percepción de lo que ya no estaba, de lo que nunca volvería a ser suyo —o más bien, de lo que jamás lo había sido—, no suscitaba ya en ella una respuesta física. Como un relámpago, le sobrevino la idea de haber estafado a Sebastián, o al menos de haber intentado hacerlo, poniéndole por delante su cuerpo, cuando hubiera sido necesaria otra cosa. Una compasión infinita por ese niño, por ese hombre (porque comprendía que, o bien eran ambos criaturas, o no lo era ninguno), se instaló en su corazón dolorido como un bálsamo. Supo que, de tenerlo ahora a su lado, le hubiera hablado tal vez de sí misma, hubiera procurado callar —por innecesarias— las alusiones que la noche anterior le habían parecido inevitables y que ahora se le antojaban bestiales, porque, si bien no hay límites ni imposibilidades cuando se trata de amor, siempre es bueno saber que no es prudente intentar ponerlo todo en palabras. Porque no hay palabras.

Había querido demostrarle que no ignoraba su

amor por su madre. Y lo había hecho (y eso volvió a morderla en la región del vientre), lo había hecho confortablemente asentada sobre el presupuesto de su anormalidad, de las implicaciones patológicas, por así decirlo, de este amor de Sebastián por la condesa. ¡Brutalidad sorprendente! Indiscreción imperdonable. Simpleza moralizadora que designaba al amor un lugar de censor opuesto a su naturaleza salvaje, a su radiación irreductible.

El sonido de una campana remota, convocó entonces otras figuras. ¿Acaso no había yacido ella —y ahora sí las palabras cumplían una función calmante y necesaria— con su padre?

Súbitamente débil, Sonia se dejó caer sobre la hierba, dejando pasar ante su mirada las diferentes circunstancias, como pasaban aquellas nubecitas de lana, tan alto en el vacío estremecedor de aquello que habíase dado en llamar cielo. Pero sólo para —mediante un nombre— poner un límite a tanta dispersión aterradora como la que ahora descubría en torno a sí. Y si el cielo no era, en verdad, el cielo, ¿qué podía decirse entonces de ella, de Sebastián, de la propia Luisa? Había una instancia, pues, en la que la palabra era indispensable, una suerte de adormidera puesta sobre la sospecha del vacío. Sonia cerró los ojos, sintiéndose descender vertiginosamente a un pozo sin explicación, un hueco sin nombre, sin medida. Perdida allí, encontró que no podía perdonarse. Atrapada en el horror de su estupidez recién descubierta, se las arreglaba para enarbolarla como un pendón victorioso, algo que daba lustre a su persona. Sin duda, exageraba.

Una tos discreta pero insistente la extrajo, por así decirlo, de aquel espacio donde no podía imaginar tormentos suficientes para aplicarse a sí misma. Sonia abrió los ojos con reticencia,

deseando regresar a los infiernos que se preparaba, y —con miedo y un súbito sentimiento de vergüenza— vio el rostro serio de Sebastián, que la miraba inmóvil, con una ramita en la mano. Sonia permaneció muda, incapaz de imaginar (sin querer imaginar) un gesto apropiado. Miraba en Sebastián la imagen de su culpa y su imbecilidad y —escrutadora— procuraba distinguir en su rostro las señales devastadoras de una noche que ahora se le antojaba infame, porque no podía dejarla donde antes la había tenido; es decir, como epifanía de su deseo y de su amor.

—Buenos días, señorita —le dijo el abate, sonriéndole, ¡santo cielo!, por primera vez desde que lo conocía. Y no sólo sonreía, sino que hasta lo hacía blandamente, con una cierta picardía—. ¿Cómo has pasado la noche?

Sonia sintió que, a su pesar, enrojecía. ¡Con espanto, se sintió enrojecer lentamente, sin pausas! Le tendió la mano, cerrando los ojos con fuerza, deseando desaparecer, pero sabiendo no obstante que no podía hacerlo; es más, que tampoco quería en última instancia, porque le era preciso disculparse. Pero antes de poder decir nada, Sebastián, que guardaba su mano entre las suyas, dijo súbita e increíblemente:

—He venido a darte las gracias —y abriendo los ojos Sonia volvió a mirar su cara, en la que brillaba un interés tierno y una discreta pregunta por su estado de ánimo.

La señorita se incorporó, apoyándose dulcemente en su brazo.

—¡Oh, Sebastián! —dijo entonces entre lágrimas—. He pensado que debía pedirte perdón.

Sebastián permaneció en silencio un momento.

—Tal vez —aseveró lentamente— sería necesario que ambos nos pidiéramos mutuamente perdón, señorita. Pero no era eso lo que quería

decirte.

Sonia bajó la cabeza. Se sentía débil, dolorida, pero casi en paz. Suspirando, comprendió que no tenía más remedio que apearse de la culpa que la enaltecía a sus ojos desde hacía más de quince minutos. No había tragedia, sólo estupor y vacío.

—¿No me amas, pues? —le preguntó tranquila.

—No —dijo Sebastián, mirándola a la cara—, pero lo lamento —agregó con una sonrisa.

Contenta, como si le hubieran hecho un regalo de enorme importancia, Sonia depositó un beso restallante y alegre en la mejilla morena.

—¿Somos, pues, amigos? —preguntó con solemnidad infantil y los ojos brillantes.

—Sí, señorita, seamos amigos —asintió el abate, ofreciéndole su mano para ir en busca del desayuno.

Cruzando el prado tomados de la mano, es como los vio la condesa, que había pasado la noche reclinada en un sillón junto a la ventana. Durante todas aquellas horas, su cabeza inteligente había argumentado con su corazón, y el resultado de aquella muda lucha en las tinieblas era una sonrisita amarga que no alcanzaba a los ojos y un sentimiento de infinito cansancio. Su mirada vivaz y directa estaba como empañada, perdida en una deliberación interna, fijada en el centelleo del anillo que tenía en el dedo mayor de la mano derecha. La profundidad amarilla de la piedra abría su temblorosa boca de ciénaga y se tragaba el sol. La resignación era amarga como el barro, fría y desolada. Un purgante, pensó con una mueca. Luisa tragó con esfuerzo los restos de su juventud y decidió que había llegado el momento de encargar aquellas semillas de las que le había hablado el jardinero. Pediría precisiones a Mateo esa misma mañana. Luego tendió la mano y dio un tirón al llamador para pedir el chocolate.

11

¡Cuánto odio estas complicaciones circulares, la infinita persecución de sombras! Toda esta gente que gira en una espantosa oscuridad, empeñada en manotear, poseer un deslumbramiento incierto, acunado en su corazón como una verdad de valor universal. Amantes acosados por la sola idea fija de un encuentro arrebatador y eterno. Imbéciles convencidos de su belleza y su potencia. Formas vueltas de espaldas a la espantosa realidad de la muerte y la perennidad del deseo. ¿Y para encontrar qué? Dicen de algunos que se extinguen tocando la gracia. ¿Será por causa de su infinita bondad, o tal vez se trate de un fuego salvaje, un Moloch brutal y goloso, comedor de carroña santificada? ¡Oh, padre!, dijo, ahogado por un sentimiento de intenso amor, y su voz breve chocó contra las hojas dentadas y cayó en el silencio sin fondo del mediodía.

—¡Padre! —volvió a decir, esperando no sabía qué alumbramiento extraordinario, qué parto del sol o de las flores. Pero no sucedió nada. Sebastián cortó una rosa sin pincharse siquiera. El dolor hubiera significado algo. Siempre significa algo en este mundo establecido sobre fragmentos de tedio y de miedo. Una abeja zumbó entontecida alrededor de la flor, y se alejó en seguida

restituyendo la calma. Las nubes volaban bajas en el cielo inmóvil. Llegaba el verano. Pronto, Luisa jugaría en el prado con su sombrero blanco, dando grandes zancadas detrás de las mariposas. Lo abandonaba, se disolvía en el sol como esta hora terrible, y no obstante tan callada, tan perfectamente inmóvil.

Sebastián se miró las manos. Era preciso decidir algo. Sentía de una manera ambigua que todo lo que hasta entonces lo había ocupado, carecía de brillo bajo esa luz violenta, y él había perdido alguna idea de sí que no podía asir. Pero fuese lo que fuese, sabía que había jugado para perder y que no deseaba volver a arriesgarse. Se descubría casi viejo en su peculiar estilo infantil y no deseaba variar o investigar en los orígenes de este sentimiento. En lo profundo de su corazón había un núcleo de dureza y violencia que le daba miedo. Decidió en consecuencia no volver a ponerse en situación de verlo.

La figura blanda e indolente de Sonia cruzó el prado en dirección al parque, clavando con decisión en la tierra la contera de su sombrilla.

El abate sonrió, mirándola con los ojos entrecerrados. Allí estaba, se dijo, y de él dependía. Si lo deseara, Sonia se le entregaría allí mismo, estaba seguro de eso. Podría tocarla y besarla; podría ser acariciado y besado; podría tomarla y gozar de ella, ocupando su vientre y sus pensamientos.

Pero no lo deseaba. Sebastián sintió deseos de llorar.

—Es suficiente —dijo hablándole a otro que no estaba allí—. He comprendido.

Sonia había decidido irse. A medida que se acercaba la noche, su humor había ido empeorando y, para después de la cena, su ceño era aterrador.

Nicolás se esforzó por ejecutar sus órdenes al pie de la letra, guardando piedras y lazos en sus correspondientes cajas, equivocándose al doblar los vestidos y, en fin, cometiendo todas las torpezas posibles, de modo que, cuando dio la medianoche, la habitación parecía el escenario de una batalla, y Sonia se paseaba pisando flores y sombreros, increpando al hombrecito, que la escuchaba tembloroso.

A la señorita parecían complacerle los insultos. Era presa de un dolor tan insoportable, de una tan infinita nostalgia, que había cerrado furiosamente la puerta en los dignos bigotes del Capitán, que se retiró anonadado por la convicción de que el mundo se había vuelto del revés.

Por fin, después de mucho gritar, Sonia se quedó inmóvil, de pie en el centro de la habitación, con los brazos cruzados y la mirada fija en la alfombra. Cansada de hurtarse al dolor, sin duda, permaneció allí, abrumada por la solemnidad de la situación, que la tenía cogida por los cabellos.

Nicolás se atareaba a su alrededor y la miraba de vez en cuando de soslayo, feliz de tenerla sólo para él y de estar preparando su marcha.

Pero el hombrecito era generoso. Al rato de verla así, tan bella y quieta en su pena, se sintió invadido por un sentimiento de compasión. ¡Cuánto mejor estaba él —reflexionó— que era tan pequeño y despreciable como para pasar inadvertido, y gozaba en consecuencia de esta situación privilegiada! ¿Qué importaba que ella no lo supiera, qué importaba que no lo viera amarla como un poseso y gozarla monstruosamente cada vez que la veía? ¡Ella estaba ahí, y nada podía arrebatársela!

Nicolás se acercó a la señorita y comenzó a desvestirla, desatando con ternura mujeril los

lazos del vestido y deslizando como al caso las manos sobre la seda que conservaba su calor y su forma. Hubiera querido besar esas telas, pero no se atrevió. En cambio, levantó las manos y destrenzó sus cabellos con delicadeza, y cada trenza o rizo que libraba de su mínima prisión de hierro derramaba al volcarse un perfume cálido y dulce que lo hacía vacilar como un borracho.

Por fin, la señorita quedó completamente desnuda, y Nicolás, acuclillado frente a ella con la cabeza baja, esperó.

12

¡Ah, los adioses! ¿Qué hacer, Dios mío, para guardar en estos trances la compostura necesaria? ¿Cómo desatar, en suma, estos nudos tanto más difíciles de quebrar, cuanto que su peso se soporta con placer? Prisiones muy acariciadas.

No obstante, es preciso decidirse. La grava del camino piafa como un caballo y brilla con todos sus prestigios.

La condesa y Sonia abren la marcha, estrechamente enlazadas por la cintura —difíciles amores—, y detrás de ellas Alexei y el abate avanzan con paso mesurado, dedicándose mutuas cortesías. Nicolás trota en la retaguardia, los ojos fijos en los volantes de un vestido blanco. De su mano izquierda pende una cinta. La cinta brilla y flamea como un estandarte.

Ya se oye el coche. A Sonia el camino se le figura un nacimiento, un parto difícil por el que hubiera atravesado como un dulce animal sometido a torturas que no entiende. ¡Y he ahí el instante temido, y la mañana, con sus bestiales esplendores, no oculta cosa alguna!

Sonia, enmudecida, se volvió hacia la condesa, que la besó con una sonrisa mortalmente bella.

—La veré en el invierno, ¿no es verdad? —le dijo, rozando su mejilla con una mano firme.

Asintió Sonia, volviendo hacia el abate la carita redonda y embellecida por el insomnio.

Condescendiente y algo emocionado, Sebastián rozó con sus labios el hombro de la señorita, que sintió contra la boca la seda fugaz de su pelo.

Sonia aceptó con sonrisa distraída los complicados saludos del Capitán, que había perdido su fanfarronería en alguna parte. ¡Adiós, adiós! Se levanta el látigo del cochero y echa a rodar el gorro de Nicolás, que un criado de la condesa se obstina en restituir corriendo a la par del coche, sudoroso y solemne.

Y es en esta confusión de la partida cuando Sebastián desliza sus pretensiones en el oído de la condesa.

—Tu permiso, señora, y esta misma tarde voy al seminario —dijo el abate sin mirarla.

Luisa se apoyó pesadamente en su brazo.

—¿Lo quieres absolutamente? —preguntó, con la mirada fija en el coche que se alejaba.

—Sí.

—Harás lo que decidas —dijo ella entonces, volviéndose, bruscamente sin fuerzas, y echando a andar en dirección a la casa.

Epílogo

¡Qué enfermedad terrible, la melancolía! De todo se apodera, y cuanto más enérgica es la constitución del paciente, peores son los estragos que realiza en su ánimo.

Luisa se obstinó en sufrirla durante dos meses, al cabo de los cuales consideró prudente mejorar. Las cartas de Sebastián, tiernas e ingeniosas, la mantenían al tanto de sus asuntos. Por lo demás, emprendió reformas en la casa, embelleció el jardín y decidió dedicarse a la pintura, adquiriendo colores y pinceles y embadurnando con ellos decenas de cartones, que no carecían de cierto mediocre buen gusto.

Mediaba el verano cuando el Capitán hizo —por intermedio de una amiga complaciente— una formal petición de mano. La condesa rio mucho y, después de reflexionar, confió su respuesta al correo.

«Ahórreme la pena de ser más explícita», escribió. «Vivo en el pasado, y mi alma está llena de muerte. Los asuntos de la vida me fatigan, porque tengo la cabeza en otra parte, y es allí donde deseo quedarme. Los límites de mi jardín son para mí los límites del mundo. He descubierto que la tierra no es en verdad mayor o más variada que este parque, que reproduce en pequeño las

pocas posibilidades que esta tiene para ofrecernos. En cuanto a los hombres, sé sobre ellos más de lo que conviene a mi tranquilidad de espíritu, lo cual me parece suficiente. He cerrado mi casa en la ciudad y pasaré el invierno aquí. La ópera me aburre. Si quiere usted utilizar mi palco, puede hacer, siempre que no asista solo. Me comprometería. Haga usted de cuenta que he dejado de existir, querido, y ponga su buena voluntad en otra parte. Ya tiene usted edad más que suficiente para casarse, en eso lleva razón. Debería hacerlo. Sé que se espera de usted que haga una elección cualquiera. La hija del general R. me parece apropiada. Me han dicho que lo ama, o cree amarlo, lo que es casi lo mismo a los efectos prácticos. ¡Y siempre sería casarse con un general! Le prometo asistir a sus bodas si esto lo complace. Y, si en algo aprecia mi consejo, no fije residencia en el campo. El espectáculo perpetuo del cielo acarrea peligros innumerables».